S.I.P.

SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

# HERMANDAD NEGRA

¿La última voluntad, Quarrell?

—Un cigarrillo.

—¿Nada más?

—Nada más, gracias —una cínica, dura sonrisa, afloró a los labios de Earl Quarrell—. Un cigarrillo y la vida es todo lo que uno quisiera poseer en estos momentos. Pero la vida se va. Por eso elijo el cigarrillo. Nadie iba a concederme lo otro.

Johnny Garland

# Hermandad negra

**Bolsilibros:**
**S. I. P.**
**(Spacial International Police) - 31**

**ePub r1.0**
**LDS** 22.05.18

Título original: *Hermandad negra*
Johnny Garland, 1960
ePub modelo
Lds
, basado en ePub base r1.2

# HERMANDAD NEGRA

HERMANDAD
NEGRA

# CAPÍTULO PRIMERO

## EL EJECUTADO

¿Cuál es su última voluntad, Quarrell?

—Un cigarrillo.

—¿Nada más?

—Nada más, gracias —una cínica, dura sonrisa, afloró a los labios de Earl Quarrell—. Un cigarrillo y la vida es todo lo que uno quisiera poseer en estos momentos. Pero la vida se va. Por eso elijo el cigarrillo. Nadie iba a concederme lo otro.

El alcaide de la penitenciaría espacial inclinó la cabeza sin decir nada. No sentía especial afecto por aquel recluso. En realidad, no le sentía por ninguno que estuviera condenado a muerte. Las leyes terrestres entonces eran tan tupidas y sutiles que cuantío alguien era sentenciado a la última pena, era porque había agotado todos los recursos legales y humanos. Porque el condenado era, indefectiblemente, merecedor de su horrible destino, a pesar de que

a juicio del alcaide Preston, ningún ser humano debía de ser muerto por otros seres humanos; Dios era, para él, quien podía disponer de la vida de un hombre.

Pero las leyes no evolucionaban como los tiempos y como la propia civilización. Tampoco, ciertamente, la delincuencia disminuía con el curso del tiempo. A nuevos progresos, a fantásticos avances de la ciencia en las últimas décadas del siglo XX y los inicios del XXI, que a ellos tocaba vivir, nuevos delitos, nuevas formas de maldad humana, de ambiciones y egoísmos torvos, surgían de la raza humana.

Por eso aquel hombre, Earl Quarrell, iba a ser ejecutado ahora en la cámara de aire líquido, el trágico cuarto amarillo de la penitenciaría.

Earl Quarrell había merecido morir. Sus delitos eran muchos y sin excusa. Criminal, ladrón y falsario, fue lo bastante inteligente para eludir a la Justicia durante un par de años. Pero, finalmente…, finalmente cayó.

Y esto era el fin.

—Bien, Quarrell —suspiró el alcaide, tras una mirada lenta al reloj electrónico de la galería de celdas. Pronto será la hora.

Quarrell asintió. Sus ojos claros y fríos siguieron el curso silencioso de las agujas que marcaban su tiempo. El escaso tiempo que le quedaba de vida. Un leve temblor en las comisuras de los labios pareció el principio de un debilitamiento, de un instante de flaqueza.

Pero Quarrell lo dominó. Se rehízo. Endureciéronse sus músculos faciales, bajo la pálida y tirante piel. Luego, incluso tuvo ánimos para sonreír. Al alcaide Preston le pareció la mueca siniestra de la parca, desde un fondo de tinieblas que iban solidificándose en torno al condenado.

—La hora del último viaje —rió sarcásticamente—. Un viaje al espacio, sin cohete ni astronave, ¿verdad, alcaide?

—Vamos, Quarrell, no se torture…

—No, no me torturo —agitó una mano, como el fuese algo sin importancia lo que hablaban—. Simplemente, estoy tratando de seguir siendo fuerte, ¿no lo comprende?

—Claro que lo comprendo, Quarrell; ahora es desgraciadamente tarde para arrepentirse de cuanto malo hizo en la vida…, excepto

ante Dios. Por eso no le digo nada.

—Hace bien. No me gustan los sermones. Ya he hablado con el padre Wilbert. Eso me confortó bastante. Ahora no quiero más reproches. Solamente quiero morir dignamente. Sin miedo…, y sin debilidades.

—Eso ya es algo. Lo máximo a que puede aspirar un hombre en su hora final… —El alcaide hizo un gesto grave. Luego, clavó su mirada serena en el reo—. Por cierto, Quarrell; su hermano quiere verle, insiste en tener una última entrevista. Faltan unos minutos…

—¡No! —La negación brotó, vivaz, de los labios de Earl.

—Está bien, usted sabe lo que hace. Pero ese muchacho quiere despedirse… Está muy afectado, se lo aseguro.

—Aún lo estaría más pasando aquí —contempló los muros grises, metálicos y lisos. Sin resquicios, sin aberturas, sin una sola ventana a la vida—. No quiero verle. Ni a él ni a nadie. ¡Absolutamente a nadie! ¿Me entiende, alcaide?

—Si… —Preston inclinó la cabeza—. Entiendo. Quarrell… Que Dios le perdone… y que todo sea fácil y rápido.

—Gracias. Adiós, alcaide…

Salió Presión. Se cerró la puerta de resortes fotoeléctricos. Zumbó el mecanismo y la hoja de superacero se ajustó. Los ojos helados de Earl Quarrell contemplaron aquello casi con indiferencia.

Luego aspiró el humo del cigarrillo que le diera el alcaide. Ya no le era posible ver el reloj electrónico, de funcionamiento silencioso, para no excitar los nervios de los presos. Pero tenía una gran habilidad en calcular el tiempo.

Faltaban diez minutos aproximadamente. Sólo eso…, otra puerta semejante, pero con espejos retrovisores, que emitirían a los testigos oficiales ver su ejecución desde el otro lado de la cámara amarilla, y a él no ver sino la otra cara de los cristales, espejeante y sin trasparencia, se cerraría tras de él.

El aire líquido se derramaría por los surtidores disimulados en el tedio metálico de vivo color amarillo. Y él, Earl Quarrell, moriría…

Recordó al sacerdote con quien hablara poco antes, tranquilizando su conciencia. Muchos negros recuerdos habían dejado de torturarle entonces. Ahora casi se sentía tranquilo.

Solamente algo le torturaba: ¿cumpliría el religioso su póstumo

encargo? ¿Lo haría, o por el contrario su hermano Dave jamás sabría nada de ello?

Ante los umbrales de la muerte, Earl Quarrell, el asesino, solamente tenía pensamientos para eso, que a otro cualquiera le hubiese parecido trivial.

Pero no a él…

* * *

Si reloj electrónico produjo un largo zumbido sordo.

Dave Quarrell se incorporó de un salto de su asiento, Lívido, cubierto de sudor, clavó sus ojos dilatados en la esfera. Grito luego. Fue el suyo un grito terrible, estremecedor.

Tambaleóse, oprimiendo su cabeza entre ambas manos, crispadas y trémulas. Su voz apenas si se parecía a la habitual. Silabeó roncamente, las palabras:

—¡La hora…! ¡Earl… ha muerto! ¡Ha muerto mi hermano…!

Luego un nuevo grito brotó destempladamente de sus labios. Dos agentes de uniforme verde, guardianes especiales de la penitenciaría del espacio donde se llevó a cabo la ejecución de Earl Quarrell —anunciada por aquel zumbido del reloj, sincronizado con el momento fatídico en la cámara amarilla—, se abalanzaron rápidamente sobre él.

Tan sólo había allí tres hombres más, aparte del propio hermano de Quarrell, a quien nadie pudo alejar de allí en las horas precedentes. Uno, corpulento, atlético, de mediana edad y facciones duras y nobles, contempló sombríamente al joven, sin moverse de su asiento, mientras fumaba despacio, cansadamente, un largo cigarro aromático.

Los otros dos eran jóvenes reporteros que carecían de valor para pasar a la cámara de los testigos directos de la ejecución. Estaban pálidos, como si ellos mismos estuvieran esperando su turno de entrada en la celda de aire líquido.

—¡Asesinos! —aullaba Dave Quarrell descompuesto, debatiéndose entre los funcionarios de uniforme verde, con auténtica furia sobrehumana—. ¡Vosotros sois los asesinos y no mi hermano Earl! ¡El era inocente, lo sé! ¡Él mismo me lo juró… y nunca me engañó a mí! ¡Earl era inocente, y le habéis asesinado!

¡Cobardes, perros asesinos, canallas! ¡Os odio! ¡Odio a la ley, a la justicia de los hombres, tan cobarde y falsa, odio a la SIP, que le capturó y acusó canallescamente! ¡Os aborrezco… y no pararé hasta destruiros, malditos! ¡Malditos todos!

—Vamos, Quarrell, cálmese —decía uno de los agentes, con insignias de oficial de Prisiones, sobre el tejido plastificado de su uniforme—. Nadie es un asesino. Y su hermano, por desgracia, no era inocente. Se probó su culpabilidad en muchos delitos… Tampoco aquellos seres que hallaron la muerte a sus manos tenían derecho a perecer. Y él no lo pensó, cuando les asesinó, muchacho. Tiene que tranquilizarse, tiene que volver a serenarse y… tratar de comprender…

—¡No me tranquilizaré hasta no veros muertos a todos, malvados, criminales! —Rugía Dave, lívido, descompuesto su rostro juvenil y fuerte. Solamente era reducido gracias a la preparación física de los agentes de la penitenciaría, sólida y firme como correspondía a sus cargos—. ¡Y yo juro que no dejaré vivo ni a uno solo! ¡No cejaré hasta sepultar en sangre vuestra infamia con Earl! ¡Os odio… os odio a todos…!

—Déjenle, por favor —intercedió súbitamente una voz suave, apacible y de grave tono.

Los agentes se volvieron con sorpresa. También los dos periodistas, que lamentaban no haber podido introducir allí sus «telecámaras», para captar la dramática escena.

Era el hombre del cigarro puro quien hablara. Sus ademanes respiraban sosiego y también firmeza. Su autoridad era indudable. Los serenos ojos penetrantes se fijaban sin expresar nada en el convulso Quarrell.

—Sí, señor Callowan —asintió el oficial—. Usted ha visto que no hemos tenido otro remedio. Está totalmente histérico y…

—Ya veo —el hombre a quien llamaran Callowan avanzó lentamente hacia ellos—. Pero creo que empieza a ceder la crisis. Déjenle suelto…

—Tenga cuidado, señor Callowan advirtió uno de los agentes. —Puede ser peligroso en estas circunstancias…

—¿Peligroso? —Callowan se encogió de hombros—. No, no lo creo…

Dejaron suelto a Dave Quarrell. El muchacho temblaba

espasmódicamente. Miró con ojos belicosos al hombre del cigarro entre los dientes. Luego se dejó caer en un asiento de espuma, estallando en entrecortados sollozos que sacudieron su cuerpo.

Callowan sonrió débilmente, cambiando una mirada con los demás. Luego se acercó al joven, apoyó una mano firme en su hombro. El joven Quarrell pugnó por desasirse con un violento zarandeo. Pero aquella mano fuerte y musculosa no se movió de su hombro, a pesar de que no parecía su dueño hacer la menor presión.

—¡Déjenme en paz! —gimió—. ¡Déjenme todos en paz, maldita sea!

—Ya le dejamos, muchacho —habló Callowan con calma—. Debe serenarse, sin embargo. Con eso no resolverá ya nada. Su hermano estaba condenado a morir. La sentencia se ha cumplido. Eso es lo que cuenta. Con su desesperación no le devolverá, la vida.

—¡Pero aún puedo enviar a los culpables de su muerte al mismo lugar adonde le han mandado a él! —gritó roncamente Dave.

—Eso es cierto. Sin embargo, no por ello resucitaría Earl Quarrell. Además, siempre el culpable de los males humanos es uno mismo, muchacho. Trate de entenderlo.

—No entiendo nada —le miró torvamente, con sus pupilas enrojecidas—. ¿Quién diablos es usted?

—Eso ¿qué importa? —Callowan hizo un gesto suave—. Soy… un hombre. Uno cualquiera. La misión de los hombres consiste en ayudarles un poco los unos a los otros, sin preocuparnos de quien podamos ser…

—¿Sí? —Dave Quarrell le desafió con la mirada—. ¿Y mi hermano? ¿Ha ayudado alguien a mi hermano?

—Posiblemente sí, aunque usted no lo comprenda ahora. Fue él quien no quiso ayudar al prójimo…, ni ayudarse a sí mismo tampoco.

—¿Me está sermoneando?

—Nunca sermoneo a nadie. Expongo mi opinión.

—¡Bien! ¡Pues ahora escuche la mía! ¡Yo he crecido junto a Earl…, él me mantenía, él cuidaba de mí, por ser el mayor! ¡Nuestra vida fue dura y difícil! ¡Y ahora…, ahora ha muerto, sólo porque nadie fue bueno ni generoso con él, y tuvo que robar y cometer algunos delitos secundarios para sacar adelante nuestras

existencias!

—Matar no es un delito secundario, hijo…

—¡Él no mató a nadie! —aulló Dave—. ¡Siempre me confesó lo que hizo de malo! ¡Y no admitió nunca haber matado! ¡Los delitos de otros los pagó él! ¡Tal vez porque la justicia protege a los que tienen medios para ello, hagan lo que hagan!

—No diga eso, Quarrell. La justicia es igual para todos los hombres, ricos y pobres, culpables o inocentes. A cada hombre se le concede el derecho a defenderse y a luchar por su vida. Si sus errores no son decisivos, siempre tiene la oportunidad de vivir, de volver a la sociedad a la que no supo respetar…

—¡Déjeme en paz! —gritó Quarrell—. ¡Yo sé bien lo que le hicieron a él… y sé que no mereció eso jamás! ¡Yo haré lo que debo hacer…, y nadie me disuadirá de ello! ¡Yo haré recordar a la SIP, a los jueces y jurados, a todo el mundo, la infamia que cometieron!

Callowan respiró hondo. Apartó su mano de Dave Quarrell. Pensativamente aplastó el cigarro puro en un cenicero inmediato. Luego hundió las manos en sus bolsillos y echó a andar hacia la salida de la cámara, sintiéndose un poco triste, un poco cansado.

—«Cuando el hombre cierra los oídos a la razón, nada más puede hacerse» —comentó, cruzando el umbral de salida. Miró a los agentes un momento, añadiendo—: Creo que será mejor comuniquen lo que sucede al alcaide Preston, y envíen a la Tierra a Dave Quarrell.

—Sí, señor Callowan —asintió el oficial—. Es lo que haremos…

El hombre del cigarro puro ya se alejaba por el corredor metálico que conducía a la salida de la prisión espacial. Allí, en el espaciódromo, aguardaban aparcadas las astronaves privadas y oficiales, en hileras perfectamente ordenadas. Pronto se iniciaría el regreso masivo a la Tierra. Callowan parecía deseoso de anticiparse a él por su cuenta.

Mostró a los agentes de control su tarjeta de acceso y salida, que fue cuidadosamente revisada por los ojos fotoeléctricos que la Guardia de Seguridad de la Prisión utilizaba para evitar la entrada de extraños peligrosos o la posible fuga de un recluso.

Se encontraba ya Callowan caminando por las pistas metálicas hacia su propia nave, cuando alguien gritó a sus espaldas:

—¡Eh, señor Callowan! ¡Espere un momento, por favor!

Se detuvo él. Volvióse ligeramente y descubrió a uno de los dos jóvenes reporteros presentes en la antecámara de la Prisión, que recuperaba ya de un oficial su cámara «telefotográfica», requisada anteriormente, para evitar reportajes gráficos del interior de la prisión y de la muerte de Quarrell.

—Diablo, camina usted muy deprisa —jadeó el periodista, situándose al nivel de Callowan—. Perdone la molestia, pero ¿es usted Donald Callowan, el director de la Spacial International Police?

—Sí, yo soy —asintió pensativo Callowan—. ¿Qué es lo que desea?

—Verá, señor… Yo soy Adam Murdock, reportero de la «Tele-news». Me gustaría un reportaje en exclusiva con usted, sobre la muerte de Earl Quarrell y la desesperación de su hermano Dave. Mi publicación está dispuesta a pagarle una, cifra importante y…

—Señor Murdock —cortó fríamente Callowan—. No me interesan las cifras, por importantes que sean, ni los reportajes sensacionales en torno a la muerte de un hombre y el justo dolor de otro. Diga simplemente a sus espectadores y lectores que Earl Quarrell era un asesino. Y que ha sido ejecutado por ello. Que Dios le haya perdonado… La SIP se limitó a buscarle y capturarle. Ahí acaba nuestra misión.

—Pero señor Callowan, por favor. Espere y…

Donald Callowan, jefe supremo del SIP no esperó en absoluto. Todavía estaba Murdock con la palabra en la boca cuando el fornido policía se alejaba ya hacia los aerovehículos, dando por cancelada rotundamente la entrevista.

Adam Murdock se quedó contemplando al que se alejaba con expresión contrariada en sus ojos. No intentó seguirle. Sabía que era completamente inútil.

Poco después, el «monocohete» de Donald Callowan surcaba el espacio, de regreso a la Tierra.

El «caso Quarrell» había terminado para el SIP.

Por lo menos, era lo que pensaba entonces Callowan.

# CAPÍTULO II

## LOS «HERMANOS NEGROS»

dam Murdock, reportero de «Tele-News», se ajustó la capucha negra. Era ésta de un material cauchutado, provisto de depósitos de aire comprimido en la nuca no mayores que dos paquetes de cigarrillos, pero cuya provisión interior estaba prevista para una duración de veinticuatro horas.

La capucha se amoldaba justamente al cuello, por un tejido gomoso que se autosoldaba a las ropas plásticas rápidamente no permitiendo salir ni entrar un solo átomo de aire. La nariz, provista de unos reguladores bajo la capucha, expelía el aire viciado del interior, y eso era todo. Pero su sistema no permitía entrar la del exterior.

Los ojos protegidos por mirillas de plastvidrio irrompible y hermético, permitían ver la centelleante expresión de las pupilas del

periodista, pero nada más. La negra, brillante capucha, era en realidad una hermética escafandra provista de aire propio, con la que su portador podía desplazarse por la Tierra, el mar y el espacio, sin dificultad alguna.

La operación de ajustarse la curiosa máscara era rápida. Murdock, una vez encapuchado, avanzó a través del corredor iluminado por verdosas pantallas empotradas en los muros.

Aún recordaba la rápida escena habida con Donald Callowan en el espaciódromo el día anterior. Había sido un completo fracaso informativo. Pero eso no era lo que preocupaba al reportero.

Eran otras las razones que le habían hecho enviar el mensaje de llamada a sus cofrades. Por ello ahora lucía la negra capucha. Y por ello iba ahora a la sala de juntas.

La hermandad negra iba a reunirse.

Y él era un «hermano negro». Exactamente el número doce, según figuraba en cifras fluorescentes sobre la frente de su capucha.

Al entrar en aquel solitario edificio con apariencia de finca campestre, había dejado de ser Adam Murdock, para convertirse en el «hermano número doce». Jamás el secreto de las capuchas era penetrado por miembro alguno. Cada cual tenía fijada su hora de llegada con intervalos de diez minutos. Nadie podía anticiparse al otro. Ni demorarse. La puntualidad, el riguroso secreto, eran vitales en la hermandad.

El número doce entró en un ascensor disimulado tras los paneles de un gabinete destinado a televisión y fotomagazines proyectados. La gigantesca pantalla fluorescente del televisor se deslizaba al pulsar cierto recorte, abriendo la puerta al ascensor.

El pequeño cubículo personal y reducidísimo descendió voraginosamente a las profundidades subterráneas del edificio, y la acción rápida de los sistemas defensivos de la hermandad se pondría en acción.

Nadie, excepto un hermano, podía llegar allí. La seguridad era absoluta.

El turbo deslizante recorrió una extensión reducida sobre las bandas magnéticas de metal, hasta detenerse en un lugar determinado. Saltó el encapuchado al suelo, y el vehículo se alejó de nuevo hacia su destino anterior, sin que él tuviera que dirigirlo.

Ante él, una puerta metálica, hermética, permanecía cerrada, sin

mostrar rendijas, cerradura ni orificio alguno. El número doce se situó en el umbral.

Pisó una pequeña plataforma. Sobre ella, pulsó con sus pies un cierto número de golpes o fuertes pisadas. Entonces se encendieron dos ojos infrarrojos a ambos lados y cogieron al encapuchado en medio.

La puerta, con un zumbido sordo, comenzó a elevarse.

Un encapuchado armado de fusil ametrallador electrónico, de balas paralizantes, le apuntó al verle aparecer. Bajo la capucha, habló el encapuchado. Palabras cortas tajantes, que un invisible amplificador repitió con sonido metálico, que hacía el timbre original irreconocible:

—Te saludo, hermano guardián. El número doce se presenta a asamblea. Por la hermandad negra.

—Por la hermandad negra. Pasa, número doce —invitó con una voz idéntica el otro. En su frente, las cifras fluorescentes indicaban: G-2
. El guardián 2 se hizo a un lado, bajando el arma—. Faltan los números tres, catorce y quince. No hay bajas.

—Bien, hermano guardián —respondió el número doce, entrando.

La antesala era reducida. Ahora automáticamente una última puerta se deslizó ante el recién llegado. Apareció una sala, con una mesa circular, y una hilera de quince asientos, también en círculo, en torno a la mesa. Estaban ocupados diez sitios. Como siempre, faltaban los números siguientes al doce. Y el número uno, el gran presidente, cuyo sitial, en la presidencia de la mesa también estaba desierto todavía. Siempre era el último en aparecer, aunque él ya estaba en el edificio.

Ocupó el encapuchado su sitio en la mesa. Sus ojos examinaron a los otros diez compañeros, todos encapuchados y con su número sobre la frente de negro material cauchutado. Inclinó su cabeza ligeramente. Igual saludo fue hecho por todos los demás a la vez.

Con intervalos matemáticos de diez minutos fueron apareciendo, con un protocolo silencioso e igual, los números trece, catorce y Quince, que ocuparon sus asientos.

Finalmente se hizo una expectante pausa. Todas las miradas convergieron a la puerta del fondo, tras el sitial del gran presidente.

Mentalmente contaron los segundos. Un minuto después de sentarse el último hermano, aparecía ante todos ellos el número uno.

Un minuto. Sesenta segundos… y el hermano número uno apareció silenciosamente.

Encapuchado como todos ellos, pero surgiendo de la puerta del fondo, que se deslizaba sin ruido. Con la cifra uno sobre la frente de brillante material negro.

Avanzó majestuosamente. Su indumentaria era negra también y cubría todo su cuerpo, sin permitir adivinar su auténtica contextura, ya que era una pieza completa desde el cuello a los pies.

Paso a paso, las negras piernas se aproximaron al sitial. Lo ocupó en forma casi majestuosa. Después de todo, era como un monarca. El emperador del mal, podría haber sido llamado. Si alguien hubiera sabido su existencia, naturalmente.

Pero el secreto de la hermandad negra estaba bien guardado. Jamás salió de aquel lugar, excepto para llegar a conocimiento del hampa internacional de la Tierra y de los planetas colonizados por los hombres.

Las manos enguantadas del número uno se apoyaron sobre la mesa. Habló con voz metálica, dura, tan irreconocible como todas las de los encapuchados:

—Reunidos todos los hermanos, empecemos la asamblea. Hable el número doce. Creo que tiene informes que darnos. Informes valiosos.

Los ojos se fijaron en el número doce. Catorce personajes misteriosos y siniestros clavaron en él sus miradas.

El duodécimo encapuchado carraspeó bajo su máscara. Entrelazó las manos, empezando a exponer todo lo sucedido en la prisión espacial. No citó su nombre ni su condición. Los demás sabían que él estuvo en la penitenciaría. Eso bastaba. Mencionó su rápido contacto con Donald Callowan. Y terminó con la retirada tajante del importante hombre de la Policía Internacional del Espacio.

Fuse escuchado en un silencio total, interesado. Cuando concluyó, hubo una pausa. Finalmente el número uno habló:

—Sabemos que Earl Quarrell, un amigo y cliente de nuestra hermandad, ha muerto. Fue obra del SIP, como tantas y tantas otras capturas que han reducido el número de nuestros clientes de importancia. La Policía del Espacio trabaja rápida y bien. Pero

¿quieren saber quién es su cerebro, la fuerza vital que mueve sus poderosos tentáculos? ¡Donald Callowan!

—Ese hombre es sólo su jefe —aventuró el número tres—. Si él desapareciese, si fuera aniquilado, pongamos por ejemplo, ¿qué se habría resuelto? El SIP seguiría existiendo como potencia, y otro hombre eficaz ocuparía el vacío dejado por Callowan.

—Eso es bien cierto —asintió el gran presidente—. En otro caso, Callowan no viviría ya. Nuestro número doce pudo haber terminado con él. Pero no podemos aspirar a tal cosa simplemente. Como ha dicho el número tres, solamente significaría un golpe, no por rudo irreparable.

—En ese caso, ¿cuáles son los propósitos de la hermandad con respecto a Callowan? —Era el número siete quien hablaba.

—Capturarle —dijo sencillamente el jefe—. Secuestrar a Donald Callowan es nuestro próximo objetivo…

—Diablo… —El número quince se echó ligeramente atrás—. ¿Para qué? ¿Para exigir una capitulación de los agentes del SIP?

—No. Eso sería pueril y muy problemático. No tendría el menor éxito —la voz del número uno era siempre serena, fría, desapasionada. Bajo aquella máscara negra, una mente calculadora y un ser desprovisto totalmente de nervios se ocultaba a los demás —. Trato de tener en nuestro poder a Callowan…, para saber, a través de él, los más importantes secretos de la organización, para llegar al fondo de su sistema, y desarticularlo.

—No confesará nada.

—Yo no espero confesiones.

—Tampoco sacaremos nada en limpio. Deben de tener un intenso entrenamiento para dominar sus mentes y combatir análisis psicológicos o telepáticos.

—No hay duda de que unos agentes tan completos han pasado por esas pruebas —asintió el número uno—. Sin embargo, yo tengo mis propios recursos. Y ésos son los que utilizaré en la persona de Donald Callowan.

—Aceptando que así fuese…, seguiría faltando lo más difícil: casar a Callowan —opinó el número dos—. Es un tipo duro y peligroso. Le vigilan para evitar riesgos. Y no es cosa sencilla acercarse a él. —Un delincuente no se acercará— aceptó el número uno. —Pero un hombre de la confianza de Callowan…, *sí*.

—¿Un hombre de confianza? ¿Existe ese hombre?

—Existirá —asintió la encapuchada cabeza del gran presidente —. Y yo sé dónde está.

No añadió más. Todos se miraron entre sí, sin comprender a su jefe. Pero si éste no hablaba, tampoco hablaría aunque todos trataran de forzarle a ello.

Sería él quien se encargase de buscar a aquel «alguien» que parecía existir, capaz de apoderarse de Callowan, al hombre funesto para la hermandad negra y para sus clientes y amigos…

* * *

Dave Quarrell miró largamente al extraño individuo que había entrado en el garito de Joe. Contempló con estupor sus ropas negras, su esbelta figura y la cordialidad afable de su rostro.

—Eh, oiga —dijo entre dientes, observándole con curiosidad—. ¿Usted no es un sacerdote?

—Lo soy, hijo —asintió el visitante con una sonrisa.

—Pues me parece que equivocó el camino. Éste no es ningún lugar santo.

—Ya lo veo —observó en torno con una rápida ojeada, y luego volvió a mirar directamente a Quarrell—. Pero si usted está aquí, no es mía la culpa, sino suya.

—No le entiendo, amigo.

—Busco a Dave Quarrell. Es usted, ¿verdad?

—Parece saberlo muy bien, ¿no?

—Sí. Se parece mucho a su hermano…

—¡No nombre a mi hermano! —masculló vivamente Dave, apretando las mandíbulas—. Él… él ha muerto y…

—Lo sé, muchacho —el sacerdote respiró hondo—. Casi le vi morir.

—¿Usted? —Dilatáronse los ojos atónitos de Quarrell, con incredulidad—. ¡No es posible! ¿O es que acaso es usted…?

—Sí. Soy el capellán de la penitenciaría del espacio.

—¡Entonces, váyase! ¡No quiero verle! ¡No quiero ver a nadie de aquel lugar horrible!

—Sí, hijo. El lugar es horrible, y más para usted.

Le comprendo y no le culpo por esos sentimientos. Sin embargo,

escúcheme. Traigo algo para usted. Algo… de Earl, de su hermano.

—¡No! —jadeó Dave, palideciendo—. Me está… engañando…

—Yo nunca engaño a nadie. Si estoy aquí, es por eso. ¿Hay algún lugar donde podamos conversar usted y yo unos momentos… sin testigos?

Vaciló Quarrell, estremecido. Miró en torno, a la poco recomendable clientela de Joe, que observaba curiosamente al sacerdote. Por fin, asintió, señalando una escalera ascendente, en un rincón del lugar.

—Sí. Venga conmigo… Por aquí, padre…

El capellán sonrió para sí. Dave Quarrell se olvidaba un poco de la bestia resentida que creía y quería ser, para humanizarse un poco. Ya era algo…

* * *

«Querido hermano Dave»:

Cuando el capellán te entregue esto; yo no existiré ya. Habré muerto con justicia. Sí, Dave. Perdona si te mentí y te engañé. Nunca fui bueno y menos ahora. No quiero causarte más daño. No pienses que conmigo hacen una iniquidad. Robé, engañé… y maté. Sí, Dave. He matado. A muchos. Soy una bestia dañina a quien hay que eliminar. Demasiado tarde lo comprendo.

Sólo deseo que en este momento seas capaz de perdonarme. Y espero que tú, Dave, que siempre fuiste más inteligente y bueno que yo, elijas otro camino y luches contra los que hicieron de mí lo que ahora soy. Existe una serie de personas que me fueron arrastrando insensiblemente al crimen, al horror que ha sido mi vida. Sé poco de esas gentes, aunque te parezca extraño.

Puedo citarte nombres, pero no quiero venganzas. Eso no. Dave. Vengarte sería ponerte fuera de la ley, matar como yo maté. Y aunque tuvieras razón, el

hecho de ser también un Quarrell te perjudicaría mucho.

Es mejor que luches noble, recta, honradamente. Desde donde me encuentre después de la cámara amarilla, pediré por ti. Y seré feliz allá, si tú combates aquello que a mí me destrozó, aquello que yo mismo represento…, y limpias un poco nuestro nombre hundido y degradado. Sé que puedes hacerlo, Dave.

No odies a la ley ni a la justicia. Ni al SIP, que me capturó. Ellos hicieron bien. Me dan la paz eterna. Y tal vez la oportunidad de salvarte a ti, Dave.

Sobre todo, guárdate de los delincuentes, del hampa de la ciudad, de los que se dicen mis amigos. Y, muy especialmente…, guárdate de la hermandad negra. Habrás oído hablar de ellos. Son una sociedad secreta. Muy rica y poderosa. Pueden llevar su poder maléfico a otros planetas. Dominan la Tierra y espacio con sus medios. Se alquilan a bandas de asesinos, para trabajar en su favor. Son un "Sindicato del Crimen", siniestro y terrible. Huye de ellos, por Dios. Son monstruos, capaces de todo».

Adiós, Dave. Ten cuidado con ellos. Y con los demás. Perdóname todo… y sé la clase de hombre que yo deseo.

Tu hermano: Earl.

Dave estrujó entre sus manos el papel, una vez leído. Sus lágrimas cayeron sobre la escritura nerviosa, inconfundible, del infortunado Earl.

Estaba llorando. Llorando por su hermano…, y por sus errores.

# CAPÍTULO III

## DENTRO DEL SIP

i querida Kathryn. ¿De modo que os casáis en breve?

Asintió Kathryn Forrest. Tras ella, la faz bondadosa de su padre, el magnate de las industrias de aceites y minerales marcianos, Duncan Forrest sonrió con amplitud, respondiendo por ella.

—Sí, mi querido Callowan. Kathryn se casa, seguramente a finales del próximo mes. Yo pierdo una hija… y el SIP pierde a un buen agente, ¿no es cierto, viejo amigo?

Se volvió hacia su interlocutor.

—Y bien cierto —suspiró Donald Callowan, encendiendo un cigarro aromático, con la fruición del empedernido fumador que siempre fue—. Mark Benson. Agente instructor, políglota magnífico y gran nemotécnico; Qué le hemos de hacer, Duncan Los Reglamentos son inflexibles. Y si un agente se decide por una chica,

el SIP admite su derrota y le concede la baja. Después de todo, hace falta mucha voluntad para casarse solamente con el SIP.

—Como tú hiciste, ¿verdad, Callowan?

—Sí, Duncan, Es lo que yo he hecho. El SIP es mi novia, mi esposa y mis hijos. Y la verdad es que no puedo quejarme del número de ellos.

—Cada agente, un hijo —sonrió Kathryn, con sus encantadores ojos grises muy abiertos y un mohín afectuoso en su rostro dulce, lleno de gracia y feminidad, desde los cabellos rubios a la resuelta barbilla. La figura era una pura delicia bajo la seda verde ceñida a su cuerpo—. Lamento dejarle sin uno de ellos, Callowan.

—Otros siguieron antes ese camino. Mark es un buen chico. Merece ser feliz. Y tú, Kathryn, sabrás hacerle feliz, estoy seguro.

—Gracias por esa buena opinión —dijo ella, con una alegre mueca—, papá no es tan benévolo conmigo. Dice que estoy demasiado habituada a mi libertad, a mis caprichos de niña rica, a mis aeronaves y mis viajes de placer a Marte o a Venus, para dedicarme seriamente a un hogar y a un hombre.

—Oh, estoy seguro de que tu hija cambiará con el matrimonio, Duncan —rió Donald Callowan, despidiendo espirales de humo tras aspirarlo animosamente—. Ocurre siempre. Si ahora hace todo eso, es por aburrimiento. Ni más ni menos. La nuestra es una época en que los excesivos progresos han traído a la juventud el cansancio por todo. Y la falta de alicientes, de cosas ignoradas, provoca ese afán de hacer algo, aunque sea perfectamente inútil.

—Acabarías convenciéndome, Donald, si no fuera Porque conozco bien a mi hija —el millonario soltó una leve carcajada—. ¿Podemos ir a ver a Mark?

—Claro que sí… —Callowan pulsó un llamador del «interfolio». En la pantalla apareció el rostro de su auxiliar, la bonita Gladys Mulder, una joven y pelirroja alemana, recientemente ascendida dentro del personal burocrático del SIP, en Washington—. Señorita Mulder, por favor. Acompañe a mis amigos, los Forrest, hasta el departamento de instructores. Tienen mi permiso para visitar al agente instructor Mark Benson.

—Bien señor… —asintió la joven Gladys. Contempló por su visor a los famosos multimillonarios y suspiró, tal vez envidiando su elevada posición económica—. A propósito, entre las solicitudes

últimamente llegadas para pertenecer al SIP, hay una que merece su especial atención, señor. ¿Desea que se la lleve ahora, o más tarde?

—Sí, Gladys. Más tarde, por favor. Ahora prefiero que guíe a mis amigos —cerró el «interfono», apagándose en la pantalla la efigie de Gladys. Callowan estudió a Duncan Forrest y su bella hija—. Ya habéis oído. Encontraréis enseguida a Mark. Hasta luego, y no seas demasiado ambiciosa con el tiempo de mi agente Benson. Recuerda que todavía pertenece al SIP…, y a ti te sobrarán años para que él te los dedique íntegros.

—¡Viejo avaro! —rió ella, divertida, mirándole con indudable afecto. Luego, más seria, añadió, ya camino de la salida y del brazo de su padre—: Gracias por todo; Callowan. Es usted el policía más humano y encantador del mundo…, y quizá de todo el Universo.

Le arrojó un beso con la punta de sus dedos y salieron ambos. Donald Callowan, una vez a solas, sonrió para sí, fumando vigorosamente. Luego frunció el ceño al recordar algo. Gladys había hablado de solicitudes para el ingreso en la organización. Esas solicitudes se analizaban siempre cuidadosamente, antes de aceptar a un agente, aunque fuese en período de entrenamiento e instrucción, hasta un posterior espacio de tiempo dedicado a duras pruebas que demostrarían sí los agentes eran capaces o no de pertenecer al SIP. Y también sí eran dignos de ello.

Había apurado el cigarro cuando una tercera tentativa por localizar a Gladys ante el visor del «interfono» dio resultado, y la pelirroja le sonrió por la pantalla.

—La señorita Forrest está ya con su prometido, señor —informó escuetamente—. ¿Algo más?

—Sí, Gladys. Me habló usted de cierta solicitud anómala. ¿Puede traerla, por favor?

—Enseguida, señor Callowan. Se ya a llevar una sorpresa, a mi juicio.

—Me parece que estoy curado de sorpresas desde hace años. ¿Quién firma esa solicitud para ser agente del SIP, Gladys?

—Nada menos que… Dave Quarrell, señor.

* * *

El rubio, atlético Mark Benson estrechó entre sus fuertes brazos

a Kathryn. La besó en los labios, y luego estrechó la mano de su futuro suegro.

—Mucha influencia tienen con el jefe, para que les haya permitido llegar hasta aquí —sonrió Mark de buen humor—. No es cosa que autorice a mucha gente.

—Conozco a Callowan desde hace veinte años —suspiró Duncan Forrest-No me negaría jamás nada. Entonces yo no era rico, como ahora. Pero soñaba con llegar a serlo. Y él tampoco era policía…, pero tenía la vocación en sus venas y en sus nervios, Ese hombre es un gran tipo, Mark.

—Sí, lo es. Él es el corazón y el cerebro de todo esto —asintió Benson, señalando alrededor—. Uno llega a apreciarle como a un padre…, pero le respeta como al superior que es, a pesar de todas sus bondades y atenciones. Jamás vi mezcla más armoniosa de rigidez y de humanidad, conjugadas en un mismo ser, la verdad.

—Voy a llegar a sentir celos de él —dijo Kathryn con un gesto de risueño enfado.

—¡Oh, tonta! —rió Mark, oprimiéndola de nuevo contra sí. La miró dulce, apasionadamente—. Kathryn, pequeña…, ¿fue bien ese viaje a Marte?

—Excelente, Mark —asintió ella, con alegría infantil. Brillaban sus ojos excitadamente—. Ha sido un viaje maravilloso. En Marte conocí a mucha gente interesante, y visité lugares de ensueño. Es un planeta demasiado frío durante las noches, pero tiene bellezas que una no olvida fácilmente.

—Nunca descansarás de tus afanes viajeros, ¿verdad, Kathryn? —dijo Mark, con cierta tristeza.

—Oh, claro que sí, cariño —le besó tiernamente—. En cuanto sea la señora Benson.

—Me pregunto a veces si lograré hacerte feliz —dijo Mark—. Tú posees de todo en la vida. Y yo no tengo nada que ofrecerte.

—Me ofreces tu amor y tu compañía, ¿te parece poco? Te quiero, Mark, y eso es algo que no puede cambiarlo todo el dinero del mundo, Tal vez si ahora soy tan inconstante y caprichosa se lo deba al aburrimiento, como dice Callowan. A tu lado, no tendré tiempo de aburrirme, querido.

—Claro, Mark —intervino Duncan Forrest, con un carraspeo—. Son tonterías las que dices, muchacho. Yo estoy contento de que

Kathryn no haya elegido a uno de nuestro propio ambiente. Casi todos los jóvenes con dinero me parecen un poco estúpidos. A la mayoría no les ha costado el trabajo que a mí, llegar a poseer una industria poderosa. Arriesgué mucho y salió todo bien. Pero mi lucha en la vida ha sido muy dura, Mark.

—Sí, señor Forrest —asintió Benson, pensativo—. Los que hemos tenido Que ganamos a pulso la existencia sabemos lo que significa alcanzar algo. Yo, en mi esfera, también luché lo mío. Mucho más de lo que nadie puede imaginar.

—Vamos, olvidaos de esas cosas, muchachos —rió Duncan con alegría, palmeando el hombro del agente instructor. Mark era un atlético mocetón. A sus treinta años, podía creerse que tenía veinticinco. Las facciones, bronceadas y duras, tenían algo de aniñado en el fondo—. Y charlad de cosas más risueñas. Ah… No olvidéis que Callowan no quiere que le roben mucho tiempo a sus hombres…

—Seguro —dijo Mark, con ironía—. Es un tirano del reloj, eso sí…

Forrest se alejó, dejando a ambos novios en animada charla. Los diez minutos se le antojaron a Benson muy cortos, cuando su compañero instructor, Homer Brice, se le acercó, gruñendo con un lado de la boca:

—Te reclaman en las pistas de entrenamiento de vuelo. No tardes, Mark…

—No. Enseguida estoy allí, Homer…

Y con un suspiro de resignación, cambió una mirada con Kathryn. La siempre triste mirada de la despedida.

—El mes que viene, pequeña, nada ni nadie nos separará —dijo suavemente, inclinándose para besarla.

—Claro, Mark —musitó ella, cerrando sus bellos ojos color pizarra.

* * *

Dave Quarrell… Nacido en Bristol, Inglaterra, A los doce años se trasladó con su hermano Earl a una colonia minera, en Marte. El clima marciano sentaba mal a la salud de Earl, y regresaron a la Tierra, en una expedición de tarifa benéfica, ya que no podían

costearse el viaje… Siempre vivió gracias a su hermano Earl, que no quería que utilizase su inteligencia natural y sus conocimientos diversos, adquiridos de una intensa afición a la lectura y a la contemplación de fotoarchivos. Su memoria prodigiosamente desarrollada desde niño, le hace sumamente útil para cualquier actividad mental…

Dejó de leer Callowan con un suspiro. Luego miró al hombre erguido ante sí.

Dave Quarrell recordaba en el físico a su hermano Earl. Pero era más joven, menos endurecido. Y la mirada, aunque fría y recelosa, era más humana y sensible. Su figura era musculosa, recia, arrogante por sus proporciones y armoniosa contextura. El pelo, muy negro, caía rebelde sobre la amplia frente. Los ojos eran agudos y oscuros, muy penetrantes. En eso se diferenciaban de las azules pupilas de Earl.

No vestía ropas muy lucidas. Tampoco su aspecto era el del hombre satisfecho de la vida. Donald Callowan recordó su primer contacto con el joven, en la antecámara de la penitenciaría.

Respiró hondo. Habíase olvidado incluso de encender un cigarro. Le preocupaba la solicitud anómala de Quarrell. Y cuando algo le preocupaba, no gustaba de fumar.

—Bueno, muchacho —dijo con voz lenta, inexpresiva—. Espero que me digas a qué viene esto. Eres la última persona a quien hubiera esperado ver aquí.

—Lo imagino —habló Dave, el joven inglés cuyo hermano muriera en la cámara amarilla—. Pero no he venido a volar este edificio ni a atentar contra usted, señor.

Donald asintió:

—Ya lo sé. No podrías hacerlo aunque quisieras.

—¿Eh? —se sorprendió Dave—. ¿Por qué no? No sabe si llevo armas. Ni siquiera me han registrado antes de llegar a su presencia.

—Eso es lo que tú crees, muchacho —el tono de Callowan era apacible, sereno—. Pero mientras llegabas a esta oficina, varias células fotoeléctricas te registraban invisible e impalpablemente, con más seguridad que cien agentes. No llevas armas ni artefacto peligroso alguno. Los detectores han dado señal negativa a tu paso…, y por eso estás aquí. Ahora, habla. ¿Por qué quieres pertenecer al SIP?

—Para ser lo contrario de lo que fue mí hermano.

—Puedes serlo sin hacerte policía.

—Pero yo quiero serlo. Quiero pertenecer a este cuerpo, señor.

—No era precisamente eso lo que decías la primera vez que te vi, Dave.

—Las cosas han cambiado mucho para mí desde entonces. —Dave suspiró con fuerza—. Tuve… una carta de Earl. Su póstumo mensaje, señor.

—¿De veras? —Callowan enarcó las cejas, intrigado—. ¿Una carta de Earl?

—Sí —rebuscó en sus ropas y extrajo el documento—. El capellán de la penitenciaría me la entregó. Fue el último deseo de Earl.

—Ya. —Callowan la leyó rápidamente, en silencia. Cuando la devolvió a Dave, disimuló del mejor modo posible su honda impresión—. Bueno, muchacho. Podría decirte muchas cosas, pero creo que en estos casos vale más no decir nada. ¿Eso te ha impulsado a ofrecerte al SIP?

—Sí, señor.

—Esa carta podría ser apócrifa —hizo un vivo gesto, deteniendo la impulsiva protesta de Dave—. Ya sé, ya sé que no. Digo simplemente que «podría serlo». Y tú venir para introducirte entre nosotros y vengarte de quienes capturamos a tu hermano. Pero eso iba a serte muy difícil. Mucho más de lo que pueda parecer, porque serías vigilado constantemente, y tu propia condición de hermano de Earl te ataría las manos. Si ése no es el caso, y deseas honradamente ser un agente de la Policía Internacional del Espacio…, ¿has pensado que tu propio parentesco con Earl va a ser un difícil factor negativo en tu caso?

—Eso quiere decir que por ser Dave Quarrell no puedo ser admitido, ¿verdad?

—Los reglamentos dicen que ningún sospechoso o procesado podrá nunca ser del SIP.

—¡Yo no fui procesado jamás, ni he delinquido nunca! ¡No soy responsable del mal que hizo Earl!

—Ya lo sé. Solamente te citaba algo que puede ser vital en tu caso. Chocarías con la suspicacia de muchos, con la incredulidad de otros. Y te vigilarían, sospecharían de cuanto hicieras, y tal vez,

incluso te rehuyeran algunos, por ser quien eres. ¿Sería eso agradable para ti, dentro del Cuerpo?

—No lo sería, señor. Pero lo soportaría. Sé que soportaría eso y mucho más. Soy fuerte. Y si me propongo algo, lo consigo.

—Aquellos periodistas publicaron lo que dijiste en la antecámara de la penitenciaría. Tendrás que hacer, veinte…, cien veces más que otro aspirante cualquiera, para no despertar recelos.

—También lo resistiré.

—Eres un buen cabezota —murmuró Callowan, dando una recia palmada sobre la mesa—. Pero me gusta la gente obstinada. Personalmente, me fío de ti. Creo que eres sincero, por otro lado, tengo la obligación de hacerte vigilar estrechamente, y de no confiar para nada en ti. Es un serio dilema; muchacho.

—Señor Callowan, por Dios… ¿Va a decirme que no puedo ingresar en el SIP, no es eso?

—Verás, Quarrell. Necesitamos cerebros despiertos como el tuyo, cuerpos sólidos y fuertes, y conocimientos como los que tú tienes. Creo que en Marte, cuando Earl era minero, tú conducías los turbotransportes aéreos o de tierra.

—Sí, señor Callowan. Soy piloto. Puedo tripular naves espaciales o terrestres. Dicen que soy, además, un buen piloto.

—Todo eso voy a comprobarlo detalladamente. Voy a recibir informes tuyos en abundancia durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Destinaré otro día a recopilar y leer los informes y a tomar mi decisión final. De modo que vuelve dentro de tres días.

—Gracias, señor Callowan.

—No te prometo nada. No significa nada, ni debes alimentar esperanzas, Quarrell.

—A pesar de todo…, gracias por la oportunidad, señor.

Salió del despacho visiblemente emocionado. Callowan extrajo un soberbio habano, mordisqueando su punta y prendiéndolo luego, con gesto irritado.

—¡Qué diablos! —masculló—. Que me arrojen al espacio y me dejen flotando en él por los siglos de los siglos si ese chico no es sincero. Después de todo…, ¿por qué ha de pagar nadie los males ajenos, aunque sea su propio hermano?

Inclinóse sobre el interfono. Poco después, la compleja máquina investigadora del SIP se ponía en funcionamiento, para reunir datos

sobre Dave Quarrell, el aspirante a agente de la Policía Internacional del Espacio.

* * *

—Carta para usted, señor Benson.

Mark recogió la correspondencia en su casa, Contempló con extrañeza el sobre, con el membrete de una entidad comercial Tierra-Venus, de traslado de líquenes medicinales del planeta Venus a la Tierra. No había oído hablar nunca de tal entidad, y la carta parecía contener una publicidad o folleto comercial, que él, en modo alguno, solicitó nunca.

Mientras el ascensor le llevaba a la planta del edificio en que vivía, dio varias vueltas al sobre. Finalmente lo abrió, ya en el corredor de su piso, mientras se aproximaba a la puerta de su alojamiento.

Era ciertamente un folleto en plastpapel luminoso, con atractivas fotografías de Venus y de sus paisajes ricos en líquenes, vegetación de rara coloración y aguas o pantanos fangosos, habitados por cefalópodos de gran desarrollo.

Un texto comercial vulgar adornaba aquel anuncio sugestivo. Benson frunció el ceño. Su agudeza habitual, como agente del SIP, entró en rápida acción. Una vez dentro de su vivienda, contempló el folleto por un lado y otro. Parecía ser exactamente lo que era, pero Mark Benson no se fiaba de las apariencias por completo.

Acercóse a la máquina de rayos ultravioleta, adaptada a la nueva gama recientemente descubierta en la investigación de la luz venusina, llamada luz ultranegra, más allá de los tonos ultravioleta.

La presencia de los parajes venusinos en el folleto le había hecho asociar ambas cosas instintivamente. La luz ultravioleta nada reveló en el folleto. Todo parecía normal. Giró el interruptor. En el control parpadeó la luz azul que marcaba el tránsito a la poderosa corriente ultranegra, que era preciso manejar con sumo tiento y no muy prolongadamente.

Ahora, el folleto dejó de ser totalmente lo que era. En su lugar, borrado el texto publicitario, las fotografías de Venus y su aire sugestivo, apareció una placa negra que era el papel. Y en ella, letras blancas, trazadas amplia y firmemente:

«BENSON: LA HERMANDAD NEGRA SE PONDRA EN CONTACTO CON USTED MAÑANA NOCHE. SI ALGO INTENTA, SERA REVELADO AL SIP Y A LOS FORREST, Y TAMBIÉN A LOS PERIODISTAS, CIERTA OSCURA PARTE DE SU VIDA QUE NADIE CONOCE… Y QUE USTED NO DESEARÍA AIREAR, PORQUE SIGNIFICARÍA SU MUERTE. USTED LO SABE. PERO NOSOTROS TAMBIÉN. NO COMETA LOCURAS Y RESOLVERA SU PROBLEMA. —HERMANO UNO».

Mark Benson cortó la luz ultranegra. De su mano cayó el folleto propagandístico, que había recuperado su aire inofensivo. Una palidez mortal había invadido el rostro del agente instructor del SIP. La transpiración bañó su faz convulsa.

¡Dios mío! —jadeó—. ¡No es posible…! ¡Ellos no pueden saber…!

Se le cortó la voz con un ronco gemido entre los labios súbitamente secos. Cayó en un asiento, como un pelele abatido.

Él se decía a sí mismo una y otra vez que la hermandad negra no podía saber…

Pero en el fondo estaba convencido, terriblemente convencido de que sabían.

O nunca le hubieran enviado ese mensaje secreto.

# CAPÍTULO IV

## COMPLOT

O se marche, número doce. Le necesito.

Asintió el aludido por el gran presidente. Los demás, en intervalos de diez minutos, y ordenadamente, fueron abandonando la sala de asamblea.

El periodista Adam Murdock, bajo su negra capucha, sabía que la captura de Callowan era muy importante para la hermandad, o no se hubiera celebrado esta segunda reunión, tan sólo a veinticuatro horas de la anterior, en el hermético santuario de la sociedad.

Cuando sólo quedaron los dos encapuchados, los números uno y doce, sentados frente a frente en la redonda mesa, parodia siniestra de la legendaria y remota tabla del rey Arturo, destinada ahora a muy distintos fines de los nobles y caballerosos de ésta, las

enguantadas manos del jefe supremo de la hermandad tabletearon sobre la mesa nerviosamente.

Los agudos ojos perforaban materialmente la negra funda que envolvía la cabeza del periodista.

Los guardianes encapuchados se movían silenciosamente ante la puerta. A una señal rápida de su jefe, asintieron en silencio y abandonaron la estancia por una salida lateral, abierta al accionar un resorte oculto.

—Bien, número doce —comenzó el jefe—. Necesito a un miembro de mi grupo para organizar la delicada operación que ahora nos aguarda. He pensado en usted.

—¿Por qué en mí? —preguntó el otro, sorprendido—. Usted no me conoce…

Rió bajo la máscara el jefe. Luego, su vos sonó, sobresaltando al número doce.

—Yo conozco a todos. ¡Absolutamente a todos! Son ustedes los que no me conocen a mí.

—Pero yo creía que…

—Me interesa que todos lo crean así. Sin embargo, obran en mi poder sus fichas exactas. Un sistema fotográfico oculto tiene captadas sus facciones, incluso bajo esas capuchas que no resisten la frecuencia especial de una luz invisible al ojo humano, similar o la ultravioleta o infrarroja, pero de diferente gama, situada fuera del espectro habitual y conocido.

—Eso es casi una traición, señor. Dicho con todos los respetos…

—Puede decirlo Es una traición. Pero en nuestro código todo es lícito. Si lo es con los demás, lo es entre nosotros…, siempre que sea en servicio de la hermandad.

—¿Era realmente necesario conocernos a todos?

—Es un arma eficaz, por si alguien pensara en traicionar al juramento de fidelidad a nuestras reglas. Pero ahora no hablaremos de eso, número doce.

Hemos de referirnos a otra cosa. Le he elegido a usted.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Para tratar directamente con alguien… Con el hombre que va a facilitarnos la posibilidad de capturar a Donald Callowan.

—¡Cielos!

—¿Sorprendido? —El jefe se reclinó hacia atrás, en su sitial—.

Lo suponía. Es una tarea delicada, pero necesaria. Yo no puedo hacerla.

—¿Por qué no, señor?

—Eso no es cuenta suya. Sólo mía. Su misión es ésta: la encontrará detallada en ese pliego —le tendió un sobre cerrado, con el lacre azul, y en él grabadas las iniciales H. N.—. Léalo a fondo, grabe las instrucciones en su mente, cúmplalas al pie de la letra… Ya sabe que a los cinco minutos de su contacto con el aire, la escritura desaparecerá totalmente, sin dejar rastro.

—Entiendo, señor —el número doce guardó el sobre en uno de los bolsillos impermeables y herméticos de su indumentaria especial —. ¿Algo más?

—Nada más. Aguardo informes esta misma noche, una vez cumplida la misión. Utilice el videófono de costumbre. Yo, o uno de mis agentes especiales, contestaremos a su llamada. En cualquier caso, el registro magnetofónico grabaría sus informes.

—Sí, señor —el encapuchado duodécimo se puso en pie lentamente—. Hasta la noche.

—Adiós. Y suerte, número doce. Estamos empeñados en una tarea realmente delicada. No soy persona amiga de las prisas. Prefiero el trabajo lento, paciente, pero de resultados seguros. Sin embargo, no admito fracasos. Tardaremos poco o mucho… ¡quiero a Donald Callowan en mi poder! Es el único medio de desarticular, de destruir al SIP…, ¡y lo conseguiremos!

El número doce inclinóse, asintiendo. Luego, abandonó la estancia.

El jefe supremo de la organización secreta se quedó solo. Los ojos malignos brillaron tras de las rendijas de la negra máscara. Estaba satisfecho por la marcha de los acontecimientos.

En ese momento, el aparato de videofonía instalado en el centro de la mesa zumbó brevemente. Era una llamada directa. Solamente los miembros de la hermandad negra o sus calificados «clientes», conocían aquel número estrictamente secreto, y que no figuraba en ningún registro oficial videofónico.

Levantó el auricular en forma de tubo cubierto de orificios. Una pequeña pantalla fluorescente se iluminó bajo la horquilla. La imagen de una persona conocida se mostró a los ojos sagaces del número uno, que interrogó con su disfrazada voz metálica por el

tubo:

—¿Qué desea?

—¿Hermandad? —preguntó a su vez el interlocutor.

—Sí, Ya se me ve en un videófono.

—¿Número uno?

—Eso es. ¿Qué necesita de nosotros?

—Algo muy delicado e importante. No se trata ahora de matar a nadie, sino de un robo.

—No nos dedicarnos a vulgares robos —declaró secamente el gran presidente de la secta—. Llame a cualquier sindicato de delincuentes habituales y…

—Espere aún. No he terminado. Se trata de un robo que puede reportar un beneficio de cien millones de dólares para ustedes.

—¿Cien millones? —El número une hizo una leve pausa. Los ojos brillaron, ávidos—. Es mucho dinero. ¿Qué clase de robo puede reportarnos eso? Porque supongo, que, en ese caso, usted también percibirá lo suyo…

—Al menos, diez millones —rió el otro—. Y aún hay terceras personas que pueden ganar mucho más que todos nosotros…, si el robo sale bien. ¿Le va interesando?

—Tal vez sí. ¿Qué hay que robar?

—A eso precisamente voy. Es un trabajo peligroso y arriesgadísimo. El lugar del «golpe» ha de ser Ciudad
Lu-Mar
.

—¿Ciudad. Lu-Mar? ¿La estación del espacio, a media distancia entre la Luna y Marte?

—Eso es. Ciudad
Lu-Mar
es algo más que una base y espaciódromo para las aeronaves interplanetarias hacia Marte, procedentes del planeta Tierra. Es también un centro nuclear importantísimo. El Banco Federal Terrestre tiene allí sus más fuertes depósitos de materias radiactivas y de elementos como el gas-radiatum, de incalculable valor científico y militar.

—El gas-radiatum y todos los demás depósitos nucleares del Banco Federal de Ciudad
Lu-Mar

están perfectamente guardados por una fuerte escolta provista de uniformes herméticos y antiarmas. No existe medio de atacar. Y mucho menos de triunfar en tan descabellada empresa.

—Así lo parece —el otro soltó una leve risotada—. Pero yo tengo el medio de llegar a esa fortuna inmensa. Y también arrebatarla. Me falta gente capaz de desarrollar el golpe. Y eso es lo que necesito de la hermandad negra. No vacilo en ofrecer cien millones de dólares por el robo.

—Bien. Exponga el medio. Después tendrá mi respuesta.

—Escuche entonces…

El número uno de la hermandad negra escuchó lo que el hombre del visófono le tenía que decir. Lentamente, asintió una y otra vez, a medida que iba conociendo el plan de su comunicante.

Su última palabra fue tajante, concisa:

—Aceptado —y agregó poco después—. Se atacará el Banco Federal de Ciudad Lu-Mar. La hermandad negra acepta ese encargo…

* * *

—Benson, aquí le presento al nuevo candidato, aceptado por el SIP para la promoción actual de agentes, a punto de ingresar en nuestra escuela especial del SIP.

Mark Benson desvió su mirada del rostro de Callowan, para fijarlo en la fotografía que le mostraba su jefe. Parpadeó, sorprendido. Había visto aquella misma cara días atrás en todos los videos públicos, en los tele-periódicos animados y en las ediciones impresas de noticias gráficas.

—¡Es… es Dave Quarrell, el hermano del ajusticiado Earl! O. por lo menos, se trata de un hermano gemelo… —apuntó, perplejo.

—Justamente. Es Dave Quarrell.

—Pero ¿cómo se admite a ese hombre en el SIP? ¡Es hermano de un asesino!

—No es un asesino él. Su único delito ha sido tener un hermano criminal. Sería injusto pagar las culpas ajenas, Benson. Usted, como agente nuestro, debe saber eso.

—Sí, claro, pero resulta algo tan desusado, tan anómalo…

—No quebranta los postulados de nuestra organización. Se ha

investigado su vida anterior, sus antecedentes morales y psíquicos. Es un hombre sin fichas policiales, inteligente y fuerte, de gran agudeza mental y memoria envidiable. Vivía en un mundo equivocado al juzgar a su hermano como víctima de la sociedad, por una lógica ceguera fraterna. Una carta de Earl Quarrell parece haberle despistado, ha abierto sus ojos a una cruda realidad. Y ha resuelto ser todo lo contrario de lo que fue Earl. Tenemos el deber moral de apoyarle, de impedir que la decepción y la amargura hagan de él un resentido.

—¿Por eso ingresa en el SIP?

—Sí. El mismo no lo sabe aún. No lo sabrá hasta pasado mañana. Pero su oferta ha sido aceptada. Yo respondo por él. Y espero no equivocarme. Usted, Benson, cuidará de su entrenamiento en la escuela espacial. Verá facilitada su tarea, porque Quarrell es un buen piloto, un hombre capacitado, por una voluntariosa autoeducación. Si sale un buen agente, leal al SIP, puede sernos muy útil, porque nadie supondrá que él trabaja para los mismos que hicieron posible la muerte de su hermano.

—¿Y si no es leal al SIP? —expuso agudamente Benson.

Donald Callowan sonrió, sacudiendo con aire pensativo la ceniza de su cigarro aromático y muy largo.

—Entonces, muchacho, el peso de la ley caería demoledor sobre él…, porque al mismo tiempo que le entrenamos y tratamos de hacer de él un agente ejemplar, Dave Quarrell será vigilado de cerca. Muy de cerca agente Benson…

* * *

Mark Benson se detuvo a dos manzanas escasas de su vivienda. Enjugóse el sudor de la frente con el dorso de su mano. La noche era oscura, a pesar de las brillantes luces de Washington, en sus avenidas residenciales. Había una ligera neblina, empañando los globos de mercurio, y dando un aire fantasmal y vago a las manchas azuladas luminosas, que salpicaban en simétricas hileras las amplias avenidas erizadas por los turbomóviles y los monocarriles.

Era la noche señalada por la hermandad negra en su extraño mensaje. Mark Benson acababa de visiotelefonear a su prometida, Kathryn, alegando que un inesperado encargo de Callowan haría

imposible que esa noche fueran al baile del «Space-Club», en el distrito aerorresídencial del satélite 1.

Ella atendió su llamada con resignada calma, y Mark Benson siguió el habitual camino hacia su casa. Dejó aparcado su turbo-móvil en las pistas de estacionamiento de Magnum Square, y siguió adelante por su propio pie. Ignoraba cómo iba a manifestarse ante él la hermandad negra. Pero estaba seguro de que, fuese lo que fuese, tenía que ocurrir ahora, en las primeras horas de la noche.

Había sostenido una ruda lucha consigo mismo últimamente y su conciencia de agente del SIP. Sin embargo, no podía impedir el ser humano, y sujeto por tanto a las debilidades propias de su condición. Su conciencia había sido derrotada en la pugna sorda entablada. Y no denunció al SIP la existencia del mensaje recibido. No informó del aviso de la hermandad negra, cometiendo así, a sabiendas, su primera traición al juramento de fidelidad y de honradez prestado en su día, tiempo atrás. Hasta ahora, había sido leal al mismo. Siempre fue un buen agente. Por primera vez flaqueaba y estaba al borde del abismo vergonzoso e indigno.

Pero, por otro lado, un abismo, para él más negro y espantoso, le acechaba, voraz, amenazador. La latente espada de Damocles de un pasado turbio, de un tenebroso secreto que podía llevarle a la muerte.

Ese temor a lo que ya creyera desaparecido, enterrado para siempre, era el que le hacía callar, hacerse cómplice tácitamente de una organización tan feroz y despiadada como, la hermandad negra.

No era la primera vez que Mark Benson oía hablar de ella, La hermandad negra era algo que muchos habían oído citar, en voz baja y temerosa, en corrillos sigilosos, pero que jamás tuvo confirmación oficial.

Evidentemente, una poderosa anónima fuerza delictiva obraba en la sombra, desde hacía algún tiempo, tanto en la Tierra como en las colonias terrestres de Marte y en los satélites, estaciones y ciudades espaciales en órbita, creadas artificialmente por el hombre en las últimas décadas del siglo XX.

Y esa fuerza oculta, esa potente y despiadada secta criminal, era la hermandad negra. Mark Benson estaba ahora plenamente seguro. Ahora… cuando no podía hablar. Cuando sus labios estaban

sellados por la amenaza de los tenebrosos personajes desconocidos, de los miembros ignorados de la organización.

En la mente de Mark Benson se reprodujeron retazos borrosos de un pasado que él siempre pugnó por ocultar… Cuando él no era Mark Benson, cuando él no era agente del SIP, ni siguiera era entonces un hombre honrado, un ser aceptado por la sociedad…

Mientras sus zapatos iban pisando el asfalto, marcando un ritmo monocorde en la neblina nocturna, en su mente otro ritmo más monótono y obsesionante aún iba evocando vivida, cruelmente, un remoto pasado que había creído muerto para siempre…, y que ahora volvía con toda su crudeza y terrible virulencia destructora.

Un pasado que comenzó en la penitenciaría de Marte, en pleno desierto marciano, seco y árido por el día, cuando las lunas del planeta rojo, Phobos y Deimos, se hundían en su cielo, más allá del horizonte estéril y llano, para dejar paso al sol distante, pálido y frío. Luego, de nuevo en la noche de Marte, el frío glacial, sólo vencido por las cámaras generadoras de calor artificial, o los trajes herméticos, provistos de calefactores internos, por pilas de energía nuclear, azotaba a los infortunados humanos que sufrieron condena por algún delito, para ser destinados a los vastos campos de concentración de trabajos forzados del desolado mundo marciano, a millones de millas del planeta donde nacieran.

Entonces él era uno de esos reclusos fantasmales, uno de esos seres amargados y hundidos en la desolación de su castigo a perpetuidad. Nadie podía fugarse de allí, de los desiertos arenosos y rojos, cercados por altas alambradas por las que circulaba una alta corriente eléctrica, capaz de aniquilarles a todos.

Por entonces llegó allí el recluso Igor Kelov, de Eureste. Era un genio en cuestiones electrónicas, pero también era un peligroso delincuente sin escrúpulos. Fue él quien creó el cortocircuito en el sistema de seguridad eléctrica del campo, logrando hacer accesible la barrera hasta entonces imposible de cruzar.

Los presos escaparon una noche, al mando de Igor Kelov. Los guardianes habían sido reducidos previamente en un audaz golpe. Pero algunos salieron demasiado pronto de su cautiverio y se organizó la persecución, al tiempo que corría la alarma.

Por entonces un hombre, un tal Mark Benson, residía en una de las haciendas de agricultura artificial establecidas por el hombre en

Marte. Era singularmente parecido al recluso Hugh Darlan. Y Hugh Darlan era él…

Le había visto a veces, llevando artículos agrícolas al campo, en su coche-oruga, especialmente diseñado para circular por suelo marciano. Hugh Darlan estaba entre los fugitivos que asaltaron la hacienda de Mark Benson aquella trágica noche…

No quedó mucho de Benson. Pero Darlan no intervino en la matanza ni en la destrucción vandálica del lugar. Por el contrario, cuando todos huyeron, capitaneados por el sádico que era Igor Kelov, al saber que llegaban patrullas terrestres de emergencia, Darlan tuvo el buen juicio de quedarse en la hacienda rural marciana.

Fue su salvación. Benson siempre fue un tipo solitario y sin familia. Le confundieron con él. Darlan siguió la farsa, esperando en cualquier momento su identificación y captura.

Pero los días transcurridos, rápidos en Marte, por la mayor velocidad en su traslación, hicieron crecer en la faz de Darlan una barbita similar a la del difunto Benson. Todo ello contribuyó al error. Pero acaso nunca hubiera sido completo ese error, de no mediar la muerte de todos los reclusos huidos, al hacerse fuertes ante las patrullas aéreas terrestres lanzadas en su busca.

Los que podían identificarle y revelar que el auténtico Benson había muerto no existían ya. El falso Mark Benson llevó su osadía a acudir con las tropas espaciales al campo de concentración. Destruyó en un descuido de sus confiados celadores la ficha de Hugh Darlan. Y así, Mark Benson siguió viviendo…, sin ser Mark Benson.

Posteriormente quiso enmendar sus errores en la vida. Se alistó en el SIP. Como Mark Benson fue aceptado. Y como tal fue un brillante agente. Pasaron unos pocos años, que hicieron de Mark un hombre notable y estimado en la Policía Internacional del Espacio.

Hugh Darlan había muerto oficialmente en Marte, años atrás. Mark Benson, sin familia ni amigos anteriores, pudo seguir viviendo, pese a su falsa identidad. Y ningún error, ningún mal paso, enturbiaron el nuevo rumbo del hombre que decía llamarse Mark Benson.

Ninguno…, hasta hoy.

Lo que todos parecían ignorar…, ¡lo sabía la hermandad negra!

Si ellos hablaban, si la verdad llegaba al SIP, sus huellas, sus registros, todo sería revisado, y aparecería la evidencia de su suplantación. Huir de un campo de trabajos a perpetuidad, unido a la muerte del verdadero Benson, que le imputarían a él, pese a ser inocente en ella, significaría la pena capital para el falso Benson. La cámara amarilla en la penitenciaría del espacio. El aire líquido, helado y mortífero, en el cubículo metálico y terrible de donde nadie salía con vida…

Mark Benson se detuvo en seco, con un violento respingo.

De la niebla había salido alguien. Llevaba una cámara fotográfica al hombro. Y una sonrisa amplia y sarcástica lució ante sus ojos, iluminada por el centelleo azul de los faroles del alumbrado urbano.

—Buenas noches, señor Benson —dijo la voz—. Adam Murdock, de
«Tele-News
», a sus órdenes… He venido a hacerle un reportaje.

La réplica de Mark fue seca. Se hallaba justamente ante su vivienda.

—No concedo reportajes ni entrevistas. Haga el favor de marcharse.

Y Adam Murdock habló sibilante, burlón, con una risita significativa.

—¿De veras, señor Benson…, digo, señor Hugh Darlan?

Adam Murdock contempló fríamente a su interlocutor.

A pesar de hallarse en la vivienda del agente del SIP, más producía la impresión de que fuera Benson quien estuviera en un lugar extraño y no su visitante. En tanto Murdock reflejaba absoluta serenidad y dominio de la situación en sus gestos y palabras, Mark Benson era un hombre pálido, sudoroso, vacilante y torpe, que no atinaba a dirigir la situación en forma alguna.

—Al jefe no le importa el factor tiempo —declara lentamente Murdock—. Tampoco le importa demasiado usted, Benson. No se haga ilusiones en esto. Pero si es posible seguir contando con usted como aliado nuestro dentro del engranaje del SIP, se sentirá muy complacido, es evidente.

—No hay sino un medio de lograr tal cosa: el que yo le he expresado.

—En concreto: culpar a otro agente de lo que usted haga para nosotros. Acusar a un inocente de la desaparición de Donald Callowan, caso de descubrirse la traición de un miembro del SIP. ¿No es eso?

—Si. Ya le he dicho, Murdock, que eso es lo que puede salvarme a mí de sospechas. En tanto busquen o acusen a otro, nadie pensará en mí ni en ningún otro.

—Y ese agente sospechoso… ¿Quién sería?

—Dave Quarrell.

—¿Qué? —Murdock pegó un respingo—. ¿El hermano de Earl Quarrell, el ajusticiado?

—Eso es.

—¡Pero eso no tiene sentido! ¡Quarrell no es del SIP!

—Lo será en breve.

—¡Está mintiendo, Benson! ¡Y la mentira, entre nosotros…, significa la muerte!

—Le aseguro que no miento en absoluto. Dave Quarrell no es del SIP… todavía. Pero lo será pasado mañana, en condición de aspirante o alumno de nuestra escuela espacial.

—Quarrell es hermano de un asesino. Juró aniquilar al SIP y a la ley, ante mí mismo. Y el propio Callowan estaba también presente. No pretenderá hacerme creer que Callowan va a concederle crédito alguno a su demanda de rehabilitación, ¿verdad?

—Yo no sé si Quarrell habla con buena fe o no. Pero Callowan cree en él y le concede, con las naturales reservas, esta oportunidad. Si Quarrell responde en los exámenes y pruebas, si moral, física e intelectualmente no ofrece fallos, será nombrado agente del SIP. Yo seré uno de sus profesores especializados. Y entonces tendremos a un sospechoso ideal. Lo que le pueda ocurrir a Donald Callowan, si se hace astutamente le será imputado a él fácilmente. ¿Quién, sino el hermano de un criminal, que juró vengarse de todos los culpables del fin de su familiar, podría hacer tal cosa, coincidiendo ésta con su presencia en el SIP?

—Sí, es cierto, Benson. Es usted muy inteligente. Ha encontrado en Dave Quarrell un sospechoso a la medida del casó actual. Pero eso significará esperar…

—Solamente un mes. Todo lo más, dos. Usted ha dicho que la hermandad no tiene prisa. Pueden esperar ese tiempo…, si

realmente desea tener un agente dentro del SIP, a su constante servicio.

—Es usted un hábil aprovechador de situaciones, Benson —rió Murdock—. No sólo ofrece un anzuelo dorado a nuestra sociedad, sino que se asegura usted mismo su seguridad personal.

—¿No tengo derecho a ello, ya que se me pone entre la espada y la pared? —replicó duramente Mark Benson.

—Oh, sí, sí. Usted haga posible la captura de Callowan y le concederemos todas las ventajas personales que solicite.

—Conste que sólo me comprometo a eso: a la captura de Callowan. Pero usted me ha garantizado que nada le sucederá. No será muerto ni torturado.

—Ya se lo he dicho. Nadie le hará daño a su jefe. Ni se atentará contra su vida.

—Pero ¿qué garantías, aparte su palabra, puedo tener sobre eso?

—Ninguna. Está usted en un aprieto. La hermandad sabe mucho de usted y de un pasado que podría destruirle definitivamente. Le será mucho más práctico comportarse como se le exige. Nosotros le repetirnos que Callowan no sufrirá mal físico alguno. Será devuelto con vida al SIP, cuando se juzgue oportuno. Habrá de fiarse de nuestra palabra, y tal vez le sirva de cierta garantía el saber que nosotros no necesitamos apelar a la violencia para obtener la verdad de Callowan.

—¿Cómo, entonces? Todos nosotros estamos entrenados contra acciones telepáticas, hipnóticas y todo eso. —No se torture, Benson. Hay un medio. Y nuestro jefe lo tiene. Eso es todo.

Se puso en pie. Saludó a Mark Benson con fría serenidad, y concluyó, ya cerca de la puerta:

—Informaré del resultado de nuestra entrevista. Creo que esperaremos… y usted volverá a saber de nosotros. Pero cometa un error, revele algo de esto a alguien… y será su fin. Un fin nada agradable en la cámara amarilla de la penitenciaría del espacio…

—Lo sí muy bien. No tiene que recordármelo, Murdock.

—Conviene recordar… ¡Recordar que la hermandad negra jamás perdona a un traidor!

La puerta se cerró. El hombre que desde diez años atrás decía ser Mark Benson se quedó solo en su vivienda. Sólo con su terror. Con sus fantasmas. Con la sombra pavorosa de la traición…

# CAPÍTULO V

## ATRACO ESPACIAL

La pelirroja y linda Gladys Mulder, secretaria del departamento central del SIP, sonrió al aspirante, por encima de la cartulina recién sellada por Donald Callowan.

—Me alegro por usted, señor Quarrell —dijo con sencillez—. Ha sido admitido como alumno aspirante en la escuela espacial del SIP.

—¿Por qué ha de alegrarle eso, señorita? —preguntó suavemente Dave, mirando con sus oscuras pupilas sin expresión a la joven—. No nos conocernos, que yo sepa.

—Usted no me conoce a mí. Yo supe de usted por los noticiarios. Y su aparente personalidad peligrosa y amenazadora me pareció entonces, a la sombra de los sucesos por usted vividos, profundamente humana. No le juzgué un terrible criminal, sino un hombre dolido y defraudado. Me satisface ver que el jefe opina

igual. Y que le conceda su oportunidad de ser en la vida algo diferente a lo que el vulgo haría de usted.

Dave Quarrell contempló con muda sorpresa y simpatía a la muchacha. Además de pelirroja, joven y muy bella, parecía inteligente. Y también sensible. Todo eso rara vez se daba en una mujer.

Dave había conocido a muchas. La mayor parte de ellas en garitos situados en las estaciones del espacio, para placer y diversión del viajero interplanetario. Las cantinas y lugares destinados a bailar o a las atracciones propias de tales lugares, abundaban en chicas hermosas o simplemente tentadoras y exuberantes. Pero rara vez inteligentes o humanas. Eran como hermosas muñecas que se ofrecían fácilmente en su envoltura física. Pero sin nada dentro. Sin cerebro ni alma.

Gladys Mulder era diferente a todas esas chicas. No ya en distinción, sino en espíritu, en agudeza. A su pesar, Dave le sonrió. No era precisamente un hombre sociable, pero sonrió como si lo fuese. Y Gladys respondió a su sonrisa, devolviéndole la ficha marcada por Callowan.

—Tenga. Lo necesita adónde va —dijo, risueña—. Nadie que no tenga esa tarjeta de admisión puede cruzar las puertas de la famosa escuela espacial del SIP.

—Gracias —la mano de Dave tomó la preciada cartulina metálica—. Muchas cosas más difíciles de resolver impedían mi regreso en ella. No quisiera que a última hora un simple trámite lo estropease todo.

—Haría falta algo más para estropear sus propósitos, Quarrell —aseguró Gladys, mirándole con fijeza—. Yo siempre he creído que el hombre capaz de sobreponerse a su propio destino y a su fatalidad puede sobreponerse a todo. También creo que, en las peores circunstancias, y cuando nadie tiene fe en uno, siempre existe alguien que nos comprende y cree en nosotros, ayudándonos a salir adelante.

Por unos momentos, Quarrell contempló en silencio a la joven, por los ojos oscuros pasó una fugaz sombra que entristeció su gesto. Asintió despacio cuando aceptó poco después:

—Sí, creo que sí… Siempre hay ese alguien. A veces una persona a quien uno ni siquiera vio jamás, y que sabe infundir unos alientos

insospechados, como usted en este caso.

—¿Yo? Oh, no pretendía referirme a mí, sino…

—A pesar de ello, creo que es así. Sin usted pretenderlo, señorita…

—Mulder. Gladys Mulder —inclinó la joven sus ojos bajo la mirada de Dave—. Y no sabe qué feliz sería, de saber que he logrado alentarle con mis palabras. Pero ¿por qué había de ser así, si ni siquiera me conoce? No puede importarle mucho lo que yo le diga.

—Pues a pesar de ello, me importa, señorita Mulder —dijo lentamente Dave—. Me importa, y mucho… Tal vez porque sea usted la primera mujer que muestra por mí un interés no egoísta…, y tal vez también por ser tan bonita…

Enrojeció Gladys. No atinó a decir nada. Cuando intentó hacerlo y levantó la cabeza, tratando de dar las gracias a Quarrell, éste había desaparecido. La puerta oscilaba, tras de él.

* * *

Mark Benson estrechó la mano de Dave Quarrell. Fue un gesto rápido y enérgico, a la vez que la ficha del nuevo aspirante penetraba por una rendija, automáticamente, en el registro de personal, quedando registrada allí hasta el fin de los estudios. Luego, la tarjeta volvió a las manos del aspirante.

—Bienvenido a la escuela, Quarrell —saludó Mark Benson—. El señor Callowan me había informado ya de su ingreso. Espero que pronto sea, en vez de un alumno, un agente más en el SIP. Venga ahora conmigo. Soy su instructor, Mark Benson. Las clases van a empezar, muchacho…

Dave echó a andar tras de Benson, por un largo corredor de la escuela espacial de Washington.

Empezaba su gran aventura. Iba a ser miembro del SIP, si todo iba bien.

Él esperaba que así sería. Lo que no podía esperar era todo lo demás…

* * *

El aerocohete, de la flotilla de entrenamiento y preparación de los pilotos del SIP, hendía el cielo como una auténtica centella vertiginosa, de plateados destellos, al ser herido su fuselaje por el sol, medio oculto ya tras la lejana esfera terrestre.

—Vuelo perfecto —avisó por los micrófonos interiores la voz del instructor, sentado en el compartimento de atrás—. Siga el mismo rumbo, alumno Quarrell. Dentro de media hora gire por completo, iniciando el regreso a la Tierra. Hemos dejado atrás la Luna, y enfilamos hacia Marte, por la ruta regular de vuelos, a la máxima velocidad posible.

—Podríamos llegar algo más lejos —rió Dave—. Quarrell, sujetando con mano firme y segura los mandos de la nave. —A Ciudad
Lu-Mar
, por ejemplo.

—No —atajó el instructor escuetamente—. Obedezca mis instrucciones, Quarrell, Retrocedamos dentro de treinta minutos justos. Rumbo totalmente variado para entonces, ¿comprendido?

—Sí, señor —suspiró Dave, contrariado—. Si no hay más remedio… Pero me hubiera gustado una excursión algo más prolongada.

—Éste no es un viaje de placer, Quarrell —observó Mark Benson con sequedad—. Y debe acostumbrarse a obedecer las órdenes siempre. Es lo primordial en un buen agente de la Spacial International Police.

—A la orden, señor —dijo Quarrell, con cierto retintín. Y mantuvo el rumbo, siempre hacia el lejano y rojizo Marte.

El planeta que fuera una incógnita en el pasado había dejado de serlo para las actuales generaciones de principios del siglo XXI. Ya los terrestres colonizaban a pasos agigantados aquel mundo lejano, que el progreso constante de los aparatos a reacción termonuclear o a fotones habían hecho accesible al hombre.

Entre la Luna y Marte, como una estación intermedia, aprovisionamiento y reposo para las astronaves en el largo vuelo interplanetario, se erguía la obra máxima del ser humano en los espacios, el orgullo de los ingenieros astronautas de la Tierra: la fabulosa Ciudad
Lu-Mar

, espaciódromo y población de vital importancia en la ruta hacia los astros remotos cuya conquista comenzara, por Marte.

La Ciudad
Lu-Mar
ya era visible ahora a Dave Quarrell, en los teleexploradores de a bordo. Las pantallas visoras ofrecían la imagen fantástica, de un cuerpo celeste artificial creado por el hombre, y situado, como un planeta más, en el punto preciso, siguiendo las órbitas marciana y terrestre en una forma equidistante casi siempre.

Eran muchos los cuerpos artificiales lanzados por los hombres al espacio, y mantenidos allí, con tripulación o guarniciones científico-militares, para maravillarse por la presencia de uno más.

Sin embargo, Ciudad
Lu-Mar
maravillaba a cualquiera, aunque ya lo hubiese visto en anteriores ocasiones.

No tenía forma esférica, ovalada ni nada similar. No era un cuerpo redondo, con habitantes en su interior, sino una portentosa obra de ingeniería espacial, a base de una gran plataforma oblonga, con edificios altos y centelleantes, elevándose en su superficie.

Así, la sensación de ciudad flotando en el mismo cielo era exacta, ideal. Como un sueño fantástico o un espejismo imposible. Una fuerza gravitatoria artificial, generada por autopropulsores magnéticos, alimentados por la propia energía solar, que era almacenada en grandes condensadores internos, para casos de emergencia posibles, mantenía siempre en aparente estabilidad a la ciudad flotante de los cielos, con los seres adheridos a su superficie, gracias a esa atracción centrífuga, lograda tras muy difíciles y precisos cálculos por los creadores geniales de aquella gran pista recta, flotante en el cielo, donde las astronaves Tierra-Luna-Marte y viceversa se detenían suave, mansamente, a repostar o simplemente a descansar del largo viaje interplanetario.

Para esos casos, Ciudad
Lu-Mar
tenía sobrados atractivos que al viajero le hacían olvidar donde se encontraba, y le producían la impresión de acortar en forma lamentable su estancia allí, antes de la etapa final de su travesía por el mar de vacío y de cuerpos celestes.

A Dave, tantos días apegado ya, durante sus veinticuatro horas íntegras, al duro régimen interior de la escuela espacial del SIP, en Washington, junto con los demás alumnos de su promoción, unas horas en Ciudad
Lu-Mar
hubieran resultado francamente ideales. Algo así como el permiso fugaz para el soldado que combate día a día en las trincheras.

Pero la negativa era tajante por parte de su rígido instructor: «Regreso a los treinta minutos». Tendría que hacerlo… con harto dolor de su corazón, al saber que solamente distaría otros quince minutos de la plataforma mágica de Ciudad
Lu-Mar
.

Durante treinta minutos el vuelo fue perfecto. En los teleexploradores visuales de a bordo de la nave preparatoria había aumentado la imagen de la ciudad hasta aparecer en todos sus detalles, ampliada por el teleobjetivo captor.

Los blancos, fulgurantes edificios, los jardines artificiales y su iluminación sorprendente, con espejos solares, se mostraban ante sus ojos maravillados como una hermosa, impresionante tentación.

Luminosos parpadeantes, de clubs y de locales, de diversión, desde «*dancings*» a salas de juego, todas ellas con nombres espaciales, muy acorde con el lugar, eran visibles ya para las agudas pupilas de Dave. Sitios que servirían de atracción y de esparcimiento a cualquier hombre como él, ávido ya de unos minutos de libertad e independencia, fuera del rigor de los reglamentos.

Pero ser agente de la Policía Internacional del Espacio exigía sus sacrificios. Evidentemente, éste era uno de ellos. Suspiró, dando por liquidada la ilusión pasajera.

Mark Benson, además, se lo recordó fríamente por el interfono:

—Regrese, Quarrell. Treinta minutos justos van a cumplirse. Faltan cuatro segundos… tres… dos…

Dave empezó a girar los mandos para torcer diametralmente el rumbo. Pero algo le detuvo. Clavó, sus ojos fascinados en las pantallas y gritó roncamente, volviendo al rumbo inicial:

—¡Un momento, señor! ¡Algo ocurre en Ciudad
Lu-Mar

!

—¡Regrese. Quarrell! —replicó irritadamente la voz de Benson —. Lleva varios segundos de retraso. No me venga con pretextos ni trucos, y regrese como le he ordena…

—¡No es un truco, señor! ¡Mire por sus teleexploradores! ¡Es cierto que ocurre algo serio en Ciudad
Lu-Mar
!

Una pausa. Luego, de nuevo la voz. Más dura y autoritaria que nunca:

—A pesar de lo que pueda suceder ahí, gire el rumbo. No es cosa nuestra. No somos una patrulla móvil, Quarrell, ni estamos capacitados para buscarnos líos. Somos, simplemente, un alumno y un instructor, en vuelo preparatorio. ¡Regrese! ¡Es una orden!

Dave vaciló, con la mirada fija en las pantallas luminosas.

Veía perfectamente las llamaradas, brotando de los cañones de una serie de extraños platillos o formas circulares, de negro color metálico, en vuelo veloz y rasante sobre la ciudad del vacío…, ¡ametrallando brutalmente el edificio color plata del Banco Federal del Espacio!

—¡Lo siento, señor, pero no regreso! —replicó con firmeza—, acelerando su vuelo directo hacia la plataforma urbana del cielo. —¡Después de todo, si eso es un acto agresivo…, nosotros somos el SIP!

—¡Todavía no lo es usted, Quarrell! —chilló Benson, enfurecido —. ¡Vuelva atrás!

Dave no respondió esta vez. Por el contrario, tripuló con mano segura el cohete, hasta lanzarse como un proyectil sobre Ciudad
Lu-Mar
…

El Banco Federal del Espacio era uno de los más altos edificios de
Lu-Mar
. Una elevada, esbelta torre metálica, erguida sobre un nivel superior al resto de calles y avenidas de la población, juntamente con otros edificios oficiales.

Los platos voladores, de negra superficie metálica, revoloteaban como siniestros abejorros, en torno al Banco, en número de cuatro.

Todos ellos vomitaban lenguas rojas de fuego, derritiendo los muros de metal plateado con los impactos flamígeros, de gran fuerza destructiva.

Los boquetes en las paredes del Banco Federal eran cada vez más amplios y nutridos. Una patrulla de guardias especiales de Ciudad Lu-Mar, dotados de escafandras antiradiactivas y trajes de caucho rojo, con los distintivos de su cuerpo, se defendían furiosamente del inesperado ataque, repeliendo los avances vertiginosos de los discos voladores desde cualquier punto utilizado a modo de trinchera.

El intercambio de descargas explosivas era estruendoso y virulento. De otros puntos de Ciudad Lu-Mar salían ya astronaves de emergencia, con rumbo al lugar atacado.

Pero entonces, tres de los discos volantes se situaron en abanico ante el banco, cerrando todo paso al refuerzo, con quienes empezaron a cambiar disparos potentísimos. Los discos negros se movían con endiablada rapidez de maniobra, y eludían siempre los impactos adversarios.

Dave Quarrell, ya muy cerca de Ciudad Lu-Mar, a pesar de las interjecciones de ira de su instructor, en la cabina posterior, observó otra cosa inquietante: uno de los discos recibió un mazazo llameante en su borde. Pero el aparato circular pareció repeler ese impacto de fuego destructor, sin sufrir daño, y la cabeza explosiva del proyectil recibido estalló inofensivo en el aire.

Por algún sistema magnético, los discos volantes repelían los disparos a ellos dirigidos. Eso les convertía virtualmente en algo invulnerable y poderoso, capaz de lograr cuanto se propusieran sus misteriosos tripulantes.

Dave apretó los labios, estremeciéndose su mano sobre los resortes de lanzamiento de torpedos espaciales. Si éstos también fallaban, era probable que la nave del SIP que ahora tripulaba él, siguiera la suerte de dos de las naves de Ciudad Lu-Mar, que en este momento acababan de recibir dos cargas explosivas de los discos negros.

Estallaron en el espacio, resquebrajándose. Quarrell cerró los

ojos al verlas abatirse en el vacío, entre una densa llamarada de su cuerdo destrozado. Hasta ahora, la mejor parte en la liza era para los atacantes de negros vehículos.

El banco sufría el fuego demoledor del solitario atacante lanzado sobre la torre metálica, y la guardia, mermada por los criminales disparos de la nave circular, se retiraban desordenadamente, dejando el campo libre a los atracadores.

Se posó la nave circular ante la puerta del banco. Tres figuras negras y siniestras, provistas de fusiles ametralladores de carga explosiva, capaz de barrer con llamas cuanto alcanzaban, saltaron del interior de la nave, penetrando en el banco dos de ellas, para quedarse la tercera en el umbral, disparando rabiosamente sobre el claro situado ante el banco.

Cada disparo de su vertiginoso fusil ametrallador llenaba de densas llamaradas y nubarrones de negro humo los lugares alcanzados. El fragor era insoportable.

Dave Quarrell evolucionó sobre las formas bellísimas y fantásticas de Ciudad
Lu-Mar
, en busca de su oportunidad para disparar contra los encapuchados. Cerró el interfono, para no escuchar más a Mark Benson, no sin antes gritarle con cierto sarcasmo:

—¡Vale más que deje de gruñir, señor, y me ayude a barrer a esos gusanos de ahí!

Luego, picó hacia el Banco Federal del Espacio, donde las autoridades terrestres guardaban ingentes depósitos termonucleares, de gran valor científico; militar e industrial.

La nave del SIP descendió, vertiginosa, hendiendo el aire artificial formado por los grandes generadores de oxígeno, hasta una altura de ocho millas sobra la gran ciudad del espacio.

Los platos voladores que protegían el ataque de su cuarto compinche, parecieron intuir su presencia, o un poderoso y eficaz sistema de radar detectó la proximidad de Quarrell, ya que una de las monstruosas naves circulares, negra y veloz, hendió el espacio, sibilante, como un auténtico disco lanzado por la mano ciclópea de algún coloso.

Dave no se molestó en disparar sobre él cuando le vio llegar, girando sobre sí mismo, en una aceleración impresionante. Había

visto poco antes que ese esfuerzo resultaba vano, al «escupir» el cuerpo metálico los disparos a él dirigidos.

Por el contrario, remontó velozmente el vuelo, saltando como un extraño animal hacia las alturas, para situar el cohete sobre el adversario. Éste, con celeridad asombrosa, hizo una rara maniobra y se situó de forma que la ofreciese sus bordes redondos y no la superficie superior o inferior. Dave siguió, de ese modo, viendo el vehículo de perfil. Entonces disparó.

El proyectil rompedor que vomitó el cañón de su cohete fue a dirigirse en línea recta al borde del disco metálico. Éste lo repelió tal y como hiciera con anteriores piezas explosivas, y el proyectil estalló en el vacío.

Dave había oprimido el acelerador de velocidad, al tiempo que disparaba. Solamente así pudo librarse de la virulenta réplica del disco negro. Un proyectil llameante rugió, destructor, por encima de él, y ligeramente a su cola. Un segundo de demora en la maniobra hubiera significado su fin y el de Mark Benson.

Abajo, en Ciudad
Lu-Mar
, el ataque al Banco Federal parecía tener éxito completo. Dave encajó las mandíbulas. Al menos iba a poderles meter un buen susto a los atracadores y acelerar su acción delictiva.

Evolucionó de forma tan rápida y ágil, que pilló por sorpresa, pese a su agilidad, al disco volador de negro metal. Brincó, hasta situarse bajo su panza redonda, y entonces utilizó un cañón mortero graduado, centrándolo en la longitud y latitud de disparo señaladas por los teleexploradores.

Soltó una andanada de tres disparos. Tres torpedos flamígeros perforaron la atmósfera de la ciudad de los espacios, y estallaron con horrendo impacto en plena entrada del Banco Federal.

El estruendo fue ensordecedor.

El encapuchado que guardaba ésta chilló, agitándose espasmódicamente. De sus brazos, envueltos en llamas, cayó su fusil. Al mismo tiempo, otro de los proyectiles había logrado penetrar unas yardas en el banco y éste se estremeció, sacudido por el estallido. Una bocanada de humo y llamas brotó por la puerta. Luego, los demás encapuchados negros, portando una pesada arqueta metálica cuadrangular, salieron, lanzándose con rapidez a

su nave allí aparcada.

Pero algo le había ocurrido al disco negro, porque éste no remontó el vuelo. Los que cuidaban de guardar su acción se precipitaron en su ayuda, ya que las patrullas de auxilio de Ciudad Lu-Mar, se batían en retirada, vencidas por el enigmático agresor.

Dave seguía eludiendo los disparos mortíferos y precisos de su enemigo circular, e intentaba a la vez colocar alguna de sus granadas sobre él, sin resultado alguno.

El disco, al advertir sus ocupantes lo que estaba sucediendo en tierra se lanzó a velocidad de vértigo hacia la ciudad aérea, dejando de hostigar a Dave Quarrell.

La puerta de seguridad de la cabina posterior se abrió a espaldas de Dave, cuando éste iniciaba un descenso veloz hacia el suelo metálico de la artificial forma celeste creada por el hombre.

—¡Dave Quarrell, por última vez! —ordenó la voz dura de Mark Benson—. ¡Regrese a la Tierra, o me obligará a disparar sobre usted, para evitar nuevas locuras! ¡Es un aspirante a agente, y yo soy su instructor y superior! ¡Obedezca en el acto!

—¿Está loco? —Dave apretó los dientes, señalando hacia el Banco Federal—. ¡Esa gentuza!, sean ¡quienes sean, están desvalijando el Banco Federal del Espacio, llevándose acaso millones en energía nuclear…, y usted trata de hacerme volver grupas, como si fuésemos una pandilla de cobardes!

—¡Dave Quarrell, obedezca! —chilló Benson, desencajado. Empuñaba su pistola de reglamento, apuntando certeramente al alumno—. Esto le costará caro. Ha cometido un acto de rebeldía. ¡Nunca ingresará en el SIP! ¡Cuando de cuenta de lo sucedido, será expulsado en el acto!

—En ese caso, si todo está perdido…, ¡vamos allá! —rió duramente Dave. Y pegó un fuerte, inesperado golpe a los mandos.

# CAPÍTULO VI

## EL PRISIONERO

La nave brincó, encabritándose como un caballo sorprendido por un espolonazo imprevisto. Cogido por sorpresa, Mark Benson rodó por el suelo, escapando el arma de su mano, al golpear en un tubo metálico de la cabina. Mientras pugnaba por levantarse, Dave imprimía creciente velocidad al cohete y sobrevolaba el Banco Federal.

Pero un poco tarde para impedir que los ladrones de la caja metálica del Banco penetraran velozmente en el disco negro que acudiera en su ayuda, y éste remontase el vuelo, llevándose a atracadores y botín.

En el suelo, inútil al parecer, quedó el disco negro dañado por alguna pieza artillera de Dave. Y en la puerta del Banco, inmóvil boca abajo, acaso muerto, estaba el encapuchado herido, cuyo traje aparecía rasgado por el estallido de la granada explosiva e

incendiaria.

Sus compinches no habían tenido tiempo y ocasión de recogerle, en la premura urgente, desesperada, que provocara el fallo de su nave, o tal vez no juzgaban necesario recuperar a un muerto.

Dave, irritado, comprendió que su cohete no podía dar alcance a los vertiginosos bólidos que eran ya en el negro infinito y estrellado, las naves negras desconocidas. Los momentos perdidos con Benson, acaso, habían malogrado una acción más eficaz, antes de que los encapuchados lograran remontar el vuelo con el producto de su robo.

Se volvió a Benson, que se incorporaba de nuevo, y habló con aspereza:

—Estará usted satisfecho del fracaso, señor —dijo duramente—. Hubiera podido impedir, al menos, que embarcaran esa caja. Y también, tal vez, que remontaran el vuelo. Creo que una vez posados en tierra son más vulnerables. Pero en vuelo, ofrecen siempre el borde de su forma circular, donde repelen los disparos con algún sistema magnético. En cambio, el que está posado ante el Banco recibió mi disparo rebotado y debió golpear su vientre, causándole daños…

—Quarrell, ha cometido un serio error al tomar decisiones por su cuenta —dijo fríamente Mark Benson, ya junto a él—. No disponemos de medios de combate, ni siquiera defensivos, para enfrentarnos a una flotilla criminal a la que las patrullas de policía de Ciudad
Lu-Mar
no pueden combatir. Y usted, suicidamente, se metió en el lío, a pesar de mis avisos. ¿Sabe lo que esto significa para usted?

—Claro que lo sé. Me lo ha dicho bien claro: expulsión del SIP. —Dave se encogió de hombros con amargo gesto—. Lo lamento muy de veras. Pero no hice sino lo que me dictó mi conciencia.

—¡Su conciencia! —Mark Benson dio un tono desdeñoso a su voz—. ¿Es que ahora va a presumir de más conciencia y honradez que nadie…, siendo quién es?

Dave miró con ojos helados al instructor. Benson comprendió que no debía de haber dicho eso. Pero su orgullo de agente veterano e instructor le impidió pedir perdón.

—Sí, señor Benson —dijo lentamente Dave con voz afilada,

hiriente—. Soy un hombre despreciable al parecer. Porque tuve un hermano criminal y yo no quiero llegar a ser lo mismo que él. Eso, evidentemente, es peor que hacerse ladrón o asesino, a juicio de gentes como usted…

—¡Quarrell, mida sus palabras! ¡Soy su instructor, me debe obediencia —…, y está soliviantándose contra mí!

—Si voy a ser expulsado, todo me tiene sin cuidado ya. —Declaró Dave con rudeza—. No van a aplicarme más duro castigo porque le diga lo que pienso de usted y de tipos como usted, que son capaces de destruir a un hombre, haciéndole perder la fe en sí mismo. ¿Quiere saber lo que me provocan? ¡Náuseas! Y pienso que si hay alguien que no sea digno de pertenecer al SIP es precisamente quien habla como usted habló antes, señor Benson.

Mark pareció a punto de agredirle. Pero se contuvo con un poderoso esfuerzo. Lentamente, apretó los puños, encajando sus mandíbulas fieramente. Y habló, tajante:

—Muy bien. Tomaré perfecta nota de cuanto aquí ha sucedido, Dave Quarrell. Será expedientado y arrojado del SIP…

Dave no dijo nada. Estaba posando la nave en el lugar poco antes barrido por los impactos atacantes y los suyos propios. Algunos guardianes de rojo uniforme acudían ya, armados, al ver llegar la aeronave con el emblema
S. I. P.
127, sobre su fuselaje de metal centelleante.

Otros vehículos aéreos, muy pocos, aproximábanse, tras la derrota sufrida ante los adversarios llegados del espacio negro, y al que volvían, fundiéndose con él en la negrura siniestra, de aves de presa, de sus naves circulares.

Dave salió de la cabina, tras una rápida regulación de su válvula de descompresión, en el traje espacial, adaptándolo a la presión atmosférica de Ciudad
Lu-Mar
.

Corrió a través de la plaza donde se erguía el dañado Banco Federal, aún envuelto en humo, y ardiendo en algunos puntos. Los servicios extintores de incendios empezaban a funcionar automáticamente, lanzando chorros de densa espuma sobre el lugar.

Quarrell se inclinó junto al encapuchado inmóvil. Giró su

cuerpo, dejando boca arriba su cabeza encapuchada de negro. Observó que uno de los fragmentos de metralla de su torpedo explosivo había alcanzado sus dos pequeños compartimentos o depósitos de aire de la espalda, desalojándolo de su contenido e introduciendo en él densas cantidades de humo que habían asfixiado al hombre.

Leyó la cifra escrita con unos trazos fosforescentes sobre la negra frente de la capucha. Tenía allí un número doce…

A sus espaldas, Benson lanzó una imprecación aguda. Dave se volvió a él, sorprendido, y vio la mirada de Benson, dilatada y como atemorizada, fija en el hombre inerte.

—¿Qué le ocurre ahora, señor Benson? —preguntó Quarrell—. ¿Le asustan los fantasmones?

—Ese hombre… ¡ese hombre es un miembro de la hermandad negra! —Atinó solamente a decir Benson estremeciéndose.

—¿La hermandad negra? —También Dave se estremeció ahora. Recordó de súbito una frase de la carta de su hermano Earl: «… guárdate de la hermandad negra. Son una sociedad secreta, rica y poderosa…, un "Sindicato del Crimen, siniestro y terrible…". Contempló con fría ira al ser inmóvil—. De modo que han sido ellos los atracadores…».

No advirtió la mirada de temor de Benson al estudiar al encapuchado. Y mucho menos cuando Quarrell arrancó de un violento tirón aquella máscara negra. El gemido que escapó de entre los labios de Benson no fue advertido por Dave.

Estaba demasiado sorprendido por la faz que descubría bajo la capucha, para advertir otra cosa cualquiera. Aquel hombre le era conocido. Le había visto en la antesala de la cámara amarilla de la penitenciaría del estado, el día de la ejecución de su hermano. Y en otra ocasión pugnó en vano por hacerle un reportaje. Era Adam Murdock, reportero de
«Tele-News
».

La palidez intensa de Benson creció de punto, cuando Dave, inclinándose sobre el hombre inerte, auscultó su pecho y comprobó algo en sus contraeos labios sin color.

Dijo Quarrell simplemente, con voz tensa:

—¡Eh, este hombre no está muerto! ¡Vive todavía!

Mark Benson sintió que un escalofrío de terror recorría su espina dorsal.

Adam Murdock vivo… y prisionero del SIP. Ésa era la realidad de lo que estaba sucediendo. Algo sumamente peligroso para él…

* * *

Donald Callowan mordisqueó nerviosamente la punta de su cigarro, antes de arrojarla con gesto de ira a un cenicero inmediato.

Luego contempló de nuevo al hombre tendido en aquel lecho del hospital del espacio en el satélite 2.

Las quemaduras del herido eran muy graves. Adam Murdock no había vuelto todavía en sí. A veces balbuceaba frases entrecortadas y sin sentido, dentro de un febril delirio. Las inyecciones de sulfathal activo iban mejorando ligeramente al herido, manteniéndole dentro de una ligera y constante vitalidad, pero sin que fuera posible iniciar interrogatorio alguno.

Donald Callowan, especialmente desplazado al satélite 2, adonde fuera trasladado urgentemente el herido prisionero perteneciente a la hermandad negra, pretendía sacar algo en limpio de la valiosa captura lograda.

Pero esto no parecía sencillo, dado el estado del prisionero. Dave Quarrell y Mark Benson, ansiosamente, asistían también a las frecuentes intervenciones clínicas en el herido, con muy distintas razones en el interior de su ser.

El médico, tras una nueva inyección de sulfathal, se volvió con gesto pesimista a Callowan.

—No Sé lo que habrán de esperar, señores. Es posible que transcurran varias horas antes de que puedan obtener alguna noticia de labios de este hombre.

Donald preguntó:

—¿Es grave?

—Sí, señor Callowan. Bastante grave. Las heridas provocadas por la metralla y por un proyectil, así como las serias quemaduras y la asfixia provocada por el humo que aspiró pueden incluso ser mortales para él.

—Procure salvarle, doctor. Ese hombre podría sernos preciso, si llegara a vivir.

—Haré lo humanamente posible, e incluso lo imposible, si llega el caso.

—Gracias, doctor. —Callowan respiró hondo y salió de la estancia.

Quarrell y Benson se hallaban en el corredor del hospital, impacientes. Miraron con fijeza al jefe del SIP, como si en su gesto pudieran ya adivinar, leer claramente lo ocurrido allí dentro.

—¿Nada aún? —preguntó Benson, con voz tensa.

—Nada. Hemos de esperar. Esperar aún…

El suspiro de alivio de Benson fue interior. No brotó, porque hubiera delatado su júbilo ante la noticia. Era preciso que Murdock no hablara, que sus labios continuasen cerrados por la inconsciencia, si quería tener una probabilidad de librarse. Si Murdock hablaba, si le acusaba, si decía algo… estaba perdido.

No sólo el deshonor, sino un proceso, la muerte tal vez…, o, en el mejor de los casos, el regreso a los campos de trabajo marcianos, a las rojas minas de Marte, donde los hombres eran encerrados para toda la vida…

Pero él no podía hacer nada por evitarlo. Era demasiado arriesgado intentar algo. Y muy poco seguro el resultado…

Dave Quarrell se estremeció de pronto. La mirada penetrante, dura, de Donald Callowan, estaba fija en él. Muy fija…

—Quarrell, me ha hablado mi agente instructor Mark Benson de cierta rebeldía suya, durante un vuelo espacial de entrenamiento… —dijo súbitamente, con su voz firme, que sabía ser amable y bondadosa a veces, tanto como violenta y amenazadora otras.

—Cierto, señor Callowan —asintió Dave, sereno—. No obedecí sus indicaciones, al verme ante Ciudad
Lu-Mar
. Estaban atacando el Banco Federal. El señor Benson me ordenó regresara inmediatamente, sin intentar nada por evitarlo.

—A pesar de lo cual, usted lo Intentó —dijo fríamente Callowan.

—Pues…, sí. —Dave Inclinó la cabeza—. Lo intenté. No tuve mucho éxito, ciertamente.

—No, no lo tuvo —aceptó Callowan con hostilidad—. Los ladrones se llevaron quinientos millones de dólares en gas radiatum. Nadie lo pudo impedir.

—Lo lamento tanto como usted, señor Callowan. No pude hacer

nada más.

—Eso no tendría importancia, señor Quarrell…, si no fuera porque ha faltado gravemente a su más primordial obligación: la de obedecer. Un agente del SIP obedece siempre.

—Lo sé, señor. ¿Eso quiere decir que estoy expulsado del Cuerpo?

Donald Callowan no respondió. Echó a andar, mientras decía a Benson.

—Formule usted la oportuna denuncia a mi oficina, Benson. Usted, Quarrell, venga conmigo…

Se alejó. Dave echó a andar junto a él. Poblaron un recodo del corredor. Había un gabinete de muebles metálicos, televisor en la pared, y un ventanal alargado, por el que se veía el espacio exterior del satélite artificial número 2. Callowan entró en él. Se acomodó y señaló otro asiento a Quarrell.

Luego comenzó a hablar con voz enérgica:

—Quarrell, cuando le acepté como aspirante a nuestro grupo de heroicos agentes, que guardan la ley y el orden en la Tierra, en los planetas colonizados y en el espacio interplanetario que el ser humano ha llegado a dominar, lo hice convencido de que en usted tendría un agente notable. Un hombre capaz de vencerse a sí mismo en su primitiva intención, para convertirse en un ser útil a la sociedad.

—Ésa ha sido siempre mi intención…

—Déjeme terminar. Sostuve una fuerte lucha interna con mi fría razón y con los propios reglamentos del SIP, que oponían serios inconvenientes a su admisión. A pesar de todo, triunfó mi fe en el hombre. Por eso está usted en el SIP. Y lo primero que hace es faltar a la disciplina; desobedecer a un superior y correr un peligro mortal, sólo por meterse en algo contra lo que no estaba preparado a luchar.

—Como sermón, me basta, señor Callowan. Le agradezco cuanto intentó por mí. Yo he sido siempre un hombre rebelde y poco disciplinado. Lo siento.

—En el SIP sólo exijo cuatro cosas fundamentales: lealtad, valor, espíritu de obediencia y decisión para improvisar un plan de combate en cualquier momento. El agente ideal para mí es quien reúne todas esas cualidades magníficas a la vez.

—No tiene que molestarse más. Comprendo sus razones. Y acepto su decisión —se puso en pie con brusquedad—. Si ha existido un culpable, soy yo. Acepto mi responsabilidad y le doy las gracias por todo.

—¡Espere, por todos los diablos! —Gruñó Callowan, alzando una mano con energía—. ¿Quién ha dicho que está usted expulsado del SIP?

—Pero, señor Callowan, usted me ha dicho antes que…

—Yo no he dicho nada de eso. Benson le acusa de rebeldía y presentará su denuncia. Es simplemente burocrático. Usted ha reunido tres de las cualidades que yo deseo en el agente de mi organización: lealtad, valor y decisión en la emergencia. Ha fallado la obediencia, la disciplina. Eso no debe volver a ocurrir. Pero usted seguirá en el SIP. Me siento orgulloso de que haya intervenido tan audazmente, y con una oportunidad tal vez decisiva, en el atraco al Banco Federal. A usted debemos la captura de Murdock, miembro de la peligrosa hermandad negra.

Y la avería que pone en manos de nuestros técnicos uno de sus vehículos circulares, al parecer dotados de motores mucho más veloces que los nuestros, y también de un sistema magnético de repeler los impactos dirigidos a sus bordes, por medio de una campana o cerco magnético anti-choque.

—¿Eso quiere decir… que no sufro la expulsión, señor? —se asombró Dave.

—No. Acaso hubiera sido muy distinto, de eludir usted el choque, la lucha contra fuerzas tan superiores, haciendo gala, no sólo de una gran audacia, sino también de un ingenio y habilidad idóneas. Por tanto, Quarrell…, sigue usted adelante.

—¡Dios mío, es magnífico! —Clavó sus ojos emocionados en Callowan—. Puedo seguir…, puedo seguir siendo agente del SIP…

—Aspirante tan sólo —sonrió con suavidad Callowan—. De usted dependerá que llegue a serlo en forma definitiva, Quarrell.

—Lo será, señor —aseguró gravemente Dave—. ¡Le prometo que lo seré… contra todo y contra todos, si es necesario!

—Así me gusta, muchacho. —Callowan rebuscó en sus bolsillos. Extrajo un cigarro puro y comenzó a cortarle la punta. Súbitamente, frunció el ceño, pareció recordar algo, e irritadamente se guardó de nuevo el cigarro, mascullando de mala gana—: ¡Diablo, no pienso

sacarle, humo a ningún maldito cigarro de éstos mientras no sepa dónde está metida esa fortuna en gas radiatum y qué clase de gentuza forma esa hermandad negra!

Luego se alejó con pasos largos y recios, gruñendo algo que Dave no entendió. Pero aún a su pesar, el joven aspirante sonrió. Callowan era un gran tipo, todo reciedumbre y también humanidad. El digno jefe de aquel gran organismo policíaco que era el SIP.

* * *

—Luther Gormann, «el Nórdico». Huido de la penitenciaría de Venus hace tres meses. Y Pietro Mattoli, un italiano en libertad desde hace tres años, que al parecer vive legal, honradamente. Son los dos únicos hombres capaces de abrir en tan escaso tiempo, una caja fuerte como la del Banco Federal, sin recurrir a explosivos ni a violencias, y graduando la radiactividad nociva para el hombre en forma tan exacta que no haya causado daños a los que transportaban la caja de gas radiatum.

Donald. Callowan asintió despacio, escuchando el informe del agente Homer Brice, que acababa de tenderle un documento con el resultado de las investigaciones del SIP en aquel terreno.

—¿Tan nocivo es el gas radiatum, si no se conoce su radiactividad exacta? —se interesó.

—Mucho. Es mortífero, en cuanto una persona sin la debida protección antiradiactiva se sitúa a cierta distancia de su envase, que, por cuidado que esté resuma también la muerte alrededor.

Donald preguntó:

—Entiendo. ¿Hay seguridad absoluta de que esos hombres no han sido dañados?

—Por supuesto. Si lograron robar la caja conteniendo el gas y alcanzar su vehículo sin daño es porque no les afectaba la tremenda evaporación radiactiva. Eso está solo al alcance de grandes expertos en energía nuclear. Y como en este caso se había de buscar a alguien que, a la vez de ser experto lo fuese también en abrir cajas fuertes, hemos encontrado justamente a dos personas capaces de tal cosa, especializadas en robos nucleares: Gormann, «el Nórdico» y Mattoli. Uno de ellos, sin lugar a dudas, intervino en ese robo.

—Bien. ¡Busquen a ambos! Y arréstenlos, con el pretexto de

sospecha de robo. Luego veremos la forma de desenmascarar al que ha colaborado con la hermandad negra, delatándose a sí mismo con el sello eje este robo audaz y valiosísimo.

—Por cierto, señor Callowan, ¿para qué pueden querer esos millones en gas radiatum? Es un elemento nuclear sólo útil en la industria, y en la guerra.

—Eso es lo que me preocupa, mi querido Brice. No creo que la hermandad negra se preocupe por la industria precisamente.

—Pero no hay guerra. Estamos en paz…

—Estamos en paz ahora. Imaginemos que alguien, interesado en no mantener esta paz, se apodera del gas radiatum, pagando por él una fortuna. O que ya la pagó, al encargar el robo. En ese caso, nos veríamos abocados a un gravísimo peligro.

Homer dijo:

—Será una situación tirante, hasta que demos con alguna, pista segura. Esa hermandad se esfuma siempre, después de cometidos sus delitos, sin dejar el menor rastro.

—¡Infiernos, bien lo sé! —Iba a tomar uno de sus magníficos cigarros, cuando recordó el enredo en que se hallaba mecido. Y fiel a su doctrina de sacrificio, apartó la mano, con un gruñido hosco—: Pero algún día caeré sobre esos cuervos del diablo, y…

Se detuvo. Llamaban a la puerta de su despacho. Indicó que pasaran. La figura noble y erguida de Duncan Forrest, el magnate de la industria mineral marciana, apareció en el umbral, con expresión taciturna, ensombrecido su gesto, habitualmente risueño.

—¡Gracias a Dios que te encuentro, Donald! —exclamó, con evidente alivio, acercándose a la mesa de Callowan.

—¿Me necesitas para algo, Duncan? —se extrañó el jefe del SIP.

—Sí, te necesito. ¡Y urgentemente! —estalló el millonario.

—Bueno, mal momento has elegido para ello. Estoy metido en algo que es infinitamente más urgente que eso. Tanto, que la misma paz del mundo y la seguridad de las naciones y de los seres humanos pueden depender de nuestra rapidez de acción ¿entiendes?

—Entiendo, Donald. Pero, a pesar de todo, para mí es muy urgente. Y muy grave.

—Está bien, veamos de qué se trata, y te diré si puedo ayudarte.

—¡Kathryn ha desaparecido!

—¿Eh? —Los ojos de Callowan se abrieron desmesuradamente —. ¿Kathryn?

—Sí. Ha salido a una de esas excursiones suyas hace dos días. Todavía no ha regresado. He investigado su paradero y no doy con ella. No está en Marte, ni en Venus, ni en la Luna, ni en ningún otro sitio, Su aeronave no aparece…, y yo sé que es muy dada a llegar hasta Marte con frecuencia.

Donald inquirió:

—¿Y bien? ¿No es habitual en ella estarse días enteros fuera de casa?

—Sí, pero… he oído las noticias de ese robo en Ciudad Lu-Mar y la fuga de los asaltantes. Seguramente Kathryn habrá utilizado esa misma ruta para una de sus acostumbradas excursiones…, y no quiero pensar lo que puede haber sucedido, si la han encontrado en su camino esos criminales.

—Sí, no sería precisamente un encuentro afortunado para ella — asintió Callowan, ceñudo. Miró de soslayo a su visitante, e hizo un gesto a Brice para que les dejara solos—. Como te he dicho, mi trabajo es mucho y poco fácil. Pero tratándose de vosotros, haremos algo rápidamente. ¿Lo sabe ya Mark Benson?

—No, no he querido decírselo… He creído preferible dirigirme primero a ti.

—Bien hecho. Ahora, Benson debe estar en el entrenamiento con los aspirantes nuevos. Y yo he de ir inmediatamente al satélite 2, donde tenemos un herido prisionero, muy valioso para el SIP, en relación con ese atraco espacial. Daré orden a los agentes de las patrullas móviles aéreas para buscar a Kathryn dondequiera que esté. Más tarde, si no hay resultados positivos, yo mismo me cuidaré del caso.

—Gracias, Donald. —Forrest se pasó una mano nerviosa por el rostro—. Estoy muy preocupado, sinceramente… Esa muchacha, Kathryn, un día me hará pasar un grave disgusto, si no cambia.

—Ya la hará cambiar Benson cuando se casen —rió Callowan—. Y no sufras. Yo no creo que le suceda nada a Kathryn. Será otra de sus alegres escapatorias, ya lo verás.

—Dios lo quiera, Donald… Pero tengo miedo. Mucho miedo…

# CAPÍTULO VII

## VIOLENCIAS

dam Murdock había pasado bien la noche.

Ahora, fuera ya de todo peligro, empezaba a mejorar sensiblemente. Una nueva serie de inyecciones de sulfathal, y una dosis fuerte de cardioton estabilizaron más aún su estado general.

El agente de guardia ante la puerta de su dormitorio era un veterano del SIP. Callowan no se hubiera, fiado de ningún novato para cuidar del importante prisionero internado en el hospital del espacio.

Pat Skeny era un centroeuropeo muy eficaz en su trabajo como agente del SIP. Y un hombre que no se fiaba de nadie. Ni siquiera de los enfermeros y médicos, cuya identidad comprobaba sin lugar a dudas, antes de permitirles el paso a la cámara donde reposaba Murdock.

Poco antes les había visto conducir un herido al quirófano. Era el número treinta o cuarenta de los internados aquel día. Siempre había muchos nuevos pacientes ingresados, bien de accidentes aéreos, de dolencias acontecidas fuera de la Tierra y otras emergencias.

Bostezó. En la Tierra era medianoche, y los relojes del satélite 2, sincronizados con la hora terrestre, marcaban también las doce y cuarto. Tenía sueño, cansancio. Y aún faltaba casi una hora para el relevo. Le habían dicho que Mark Benson sería su sustituto. Callowan no se fiaba de un cualquiera, y elegía siempre agentes de veteranía en sus filas.

Si al menos Benson se adelantara un poco en la hora del relevo… Luchó con la tentación de dormirse allí mismo. Pero logró dominarla.

Acaso no hubiera sido capaz de ello, de no mediar un ruido inesperado. Se aproximaban unos pasos rápidos y ligeros por el corredor, más allá del cercano recodo.

Se irguió, enarcando las cejas, preocupado. Posiblemente fueran los enfermeros de guardia. Acostumbraban a rondar por allí, aunque no hacía mucho que habían pasado.

Llevó la mano a su pistola de reglamento, sin apartar sus ojos del recodo. Pat Skeny vio doblar la esquina del corredor a alguien. Suspiró, aliviado, retirando la mano de su pistola.

—Oh, ¿es usted? —interrogó, algo sorprendido.

La persona que se aproximaba sonrió. Una sonrisa que no podía hacer sospechar nada a Skeny, mientras la distancia entre ambos se reducía. Cuando estuvo frente al agente del SIP, el recién llegado dijo algo con voz indiferente:

—¿Descansa el paciente?

—Sí, sigue dormido… —Skeny sonrió también—. Y yo estaba a punto ya de dormirme cuando oí sus pasos. Me gustaría saber lo que…

Jamás pudo decir Skeny lo que le gustaría saber en aquellos momentos. Su interlocutor no le dio la menor ocasión para ello. De un modo rápido, silencioso, insospechado, una mano alzó ante el agente del SIP un extraño tubo metálico, color cobre. Oprimió un resorte en su extremidad.

Skeny quiso reaccionar, incluso llevó la mano a la pistola, con

una imprecación leve, de sorpresa y recelo:

—¿Eh? ¿Qué es lo que está haciendo…? —comenzó.

No dijo más. Del tubo metálico brotó un chorro de humo o vapor azulado, silencioso. Tan sólo un leve zumbido sonó en el corredor, y Skeny sintió que sus músculos faciales, sus dedos, sus propias cuerdas vocales se agarrotaban, paralizándose instantáneamente bajo el efecto de aquel impacto gaseoso.

Se hubiera derrumbado, con un seco golpe sobre el bruñido pavimento del corredor, de no apresurarse el atacante a guardar el tubo disparador, sujetando entre sus brazos esforzadamente la figura rígida, paralizada, de Pat Skeny. Luego, depositó al guardián en el suelo, cuidadosamente, sin el mayor ruido.

Le contempló con ojos helados, despiadados, viéndole boquear levemente, en un esfuerzo supremo por seguir respirando, por seguir viviendo. Pero la parálisis creada por aquel gas que ahora apenas si era una tenue neblina, disipándose instantáneamente en el aire, perdido su efecto por completo, era mortal. Pulmones, corazón y otros puntos vitales del organismo humano sufrían la paralización que causaba la muerte.

Unos segundos más tarde, el veterano agente del SIP estaba muerto.

Su asesino sonrió cruel, sádicamente. Avanzó hasta la puerta de la cámara destinada a Adam Murdock. La abrió con mano firme, segura. Una mano que no estaba desnuda, sino enguantada con unos tenues guantes plásticos, adheridos totalmente a los dedos, de forma que permitían la libre utilización de éstos sin dejar huellas.

Entró en la alcoba, sumida en penumbras, salvo la indirecta luz que brotaba de un disco luminoso en el techo. Sobre la cama blanca reposaba Adam Murdock. Pálido, inmóvil, con la respiración jadeante y rítmica.

—Lo siento, Murdock —dijo lentamente la voz ronca del criminal—. Tienes que morir…, o todo cuanto sabes podría hacer daño a muchos. Sí, a muchos…, y a mí también. Ya no eres útil.

De nuevo el fatídico tubo de metal cobrizo asomó entre los dedos enguantados del asesino. Vomitó un sibilante chorro de vapor, que pareció formar en torno al rostro de Murdock una neblina. Éste boqueó, volviendo súbitamente en sí, ante el azote helado de la Muerte.

Sus ojos dilatados se clavaron, llenos de horror, en su asesino. Quiso decir algo, agitó sus brazos, con un horrible estertor, que fue debilitándose en su garganta, a medida que se paralizaban sus cuerdas vocales, sus nervios y músculos.

Luego se abatió sobre las ropas del lecho, con la mirada vidriada, reflejando todo el vivo terror que despertó en él la presencia de su matador. La respiración se extinguió pronto. Y con ella, la vida de Adam Murdock, el número doce de la hermandad negra.

El fantasmal, sigiloso asesino, guardó de nuevo su tubo metálico, instrumento de muerte rápida y silenciosa. Salió de la estancia, sacando los guantes de sus manos y ocultándolos diestramente donde nadie podía sospechar.

Desprovisto de todo ello, el siniestro personaje contempló al agente del SIP muerto en el pasillo. Nadie sospecharía de qué mano llegó la muerte para ambos. Ahora, el culpable de los dos asesinatos era una persona cualquiera, sin el menor detalle sospechoso.

Y Adam Murdock no hablaría. No acusaría a nadie. Ni revelaría secreto alguno de la hermandad negra. Su boca estaba cerrada para siempre.

* * *

—Muertos los dos, y ambos del mismo modo.

Callowan y Benson se miraron en silencio. Ambos estaban pálidos. El jefe del SIP se volvió de nuevo al doctor.

—¿Y qué modo de morir ha sido ése? —inquirió abruptamente, ceñudo y mal encarado.

—Paralización total del organismo.

—¿Paralización total? No será una nueva epidemia, ¿eh, doctor?

—Claro que no. No es una enfermedad, ni siquiera un accidente. Alguien mató a los dos.

—Un doble asesinato. —Callowan encajó las mandíbulas con fiereza—. ¿Cómo, doctor?

—Posiblemente con polirina en estado gaseoso. Es un fuerte veneno tropical de Venus, extraído de líquenes de la especie sherr, muy abundante allí. Produce una materia azul, espesa, y fácilmente solidificada o gaseada, de su original estado líquido, que provoca

una parálisis tan inmediata y total que mataría a un elefante o a uno de los monstruos venusinos, en menos de diez segundos. Su único rastro es esa pigmentación azulada que deja en la piel de sus víctimas, y que observará existe igualmente en Skeny que en Murdock. También ambos ofrecen sus miembros agarrotados por la parálisis, y no por el «*rigor mortis*», que aún no se haya avanzado.

Callowan, abatido, dio unos pasos, con las manos hundidas en sus bolsillos. Parecía haber envejecido varios años. Mark Benson le estudió en silencio. Luego, su mirada volvió a Adam Murdock, cubierto por una sábana.

—Vamos, jefe, no se deje abatir por todo esto —habló con tono alentador—. Encontrará a los culpables, estoy seguro…

—Aunque los encuentre, Benson, no devolveré la vida al buen Skeny, ni lograré saber todo lo que Murdock pudo haberme dicho… ¡Pero por Dios que irán todos a la cámara de aire líquido, por lo que han hecho!

Benson se estremeció imperceptiblemente, y lo disimuló con una pregunta rutinaria:

—¿Investigamos dentro del hospital, señor?

Callowan asintió:

—Sí, investiguen. Háganse con una lista total de los enfermos, cuerpo sanitario y todo eso. Pero sospecho que eso no nos revelará nada. Usted, Benson, que encontró el cuerpo de Skeny…, ¿vio algo sospechoso?

—Nada, señor. Creí en un principio que Skeny había tenido la rara idea de tumbarse a dormir en el sucio, hasta que al examinarle más detenidamente observé que estaba muerto. Ello me hizo temer lo peor, y asomé a la alcoba de Murdock, comprobando también su muerte. Avisé al SIP y, en especial, a usted mismo, y esperé aquí su llegada, no permitiendo que nadie tocara nada. Eso es todo…

—Lo cual, apenas si es nada —miró a Benson con amarga sonrisa—. Pero usted no pudo hacer más, muchacho. Por favor, haga lo que le dije…

—Sí, señor… —Se detuvo un momento, vacilando—. Quería decirle algo, señor…

—Pues dígalo, Benson, y sea breve.

—Se refiere a Dave Quarrell… A pesar de su rebeldía, es un buen alumno. Creo que no presentaré la denuncia contra él…

—Gracias, Benson —sonrió Callowan—. Lo esperaba de usted. Quarrell seguirá con nosotros. A veces ser un poco rebelde no es mala cosa…

Benson sonrió también, alejándose. Todo marchaba bien para él.

En cambio, las cosas no andaban igual para Callowan y el SIP. Una fuente de información, como hubiera sido Murdock, había desaparecido. Skeny, un noble y digno agente, estaba muerto.

Y Callowan tenía escasas esperanzas de hallar pista alguna del criminal en el interior del hospital espacial. Había sido demasiado astuto para dejar rastros.

La lista de pacientes del hospital nada aclaró. Ni tampoco la del personal médico presente en el edificio. Todos ellos parecían fuera de sospechas. De los pacientes atendidos durante el día, cinco hombres y siete mujeres ya no figuraban en el recinto, por haber sufrido heridas leves o dolencias rápidas que les reintegraron al exterior, tras el alta médica.

Una investigación más minuciosa descubrió que, como en otros muchos casos, la mayor parte de esos pacientes habían dado nombres y direcciones falsas. Unas veces por no asustar a sus familiares y otras por no revelar algún error o manejo íntimo. Se buscó a varios de los pacientes dados de alta. Solamente se localizó a dos hombres y tres mujeres. Los restantes tres hombres y cuatro mujeres no fueron hallados, ni existían sus señas o nombres. Cualquiera de ellos pudo matar, aprovechando su estancia en el establecimiento sanitario. O tal vez ninguno de ellos, después de todo.

Callowan veía cada vez más lejos la posibilidad de aspirar el aromático humo de uno de sus envidiables cigarros. El caso se complicaba constantemente.

El gas radiatum robado no aparecía, la Hermandad Negra no había dejado pista alguna, Gormann «El Nórdico» y el latino Pietro Mattoli no hablan sido localizados, y ahora, Murdock y un agente del SIP habían sido asesinados en el satélite 2. Por añadidura, Kathryn Forrest tampoco aparecía aún, y cabía en lo posible que hubiera sido víctima de algún ataque de los salteadores de Ciudad Lu-Mar

.

Transcurrieron así varios días más. Llegó el señalado para que

Dave Quarrell fuera examinado, juntamente con los demás alumnos que salieron airosos del período de entrenamiento intensivo en la escuela espacial de Washington, y…

* * *

El zumbador del interfono sacó a Callowan de sus sombrías reflexiones. Por un momento, pensó que algún engranaje del SIP había empezado a funcionar finalmente, y las cosas entraban por un cauce mejor.

Pero no era así. Se trataba de una buena noticia, evidentemente, sin conexión con su organismo ni con sus problemas de más vital importancia. En la pantalla visora asomaron dos rostros familiares, cuyas voces llegaron jubilosas —y también algo avergonzadas— hasta Callowan: los Forrest, padre e hija. Por cierto, Kathryn ofrecía en su bonito rostro varias señales de esparadrapos, heridas y rasguños.

—¡Hola, Callowan, viejo amigo! —exclamó, jubiloso, Duncan Forrest—. ¡La pequeña caprichosa apareció finalmente!

—Ya veo —masculló Donald, irónico—. ¿Dónde? ¿En alguna jaula zoológica tal vez?

—No, no —rió ella—. Su agente Homer Brice dio conmigo finalmente, gracias a Dios.

—¿Fue Brice? Aún no tengo su informe. No sabía nada.

—No le habrá dado tiempo Donald —prosiguió Duncan—. Acaba de entregarme a Kathryn, recomendándome que vigile en lo sucesivo sus vuelos de placer. Se encontró ciertamente con los salteadores de Ciudad
Lu-Mar
, cuando éstos huían.

—¿De veras? —Callowan pegó un respingo. Se animó su rostro, esperanzado—. ¿Dónde?

—Cerca de la estación espacial número. 68. Kathryn les saludó alegremente, creyendo que eran turistas o algo así. La respuesta fue un cañonazo, que averió la nave de Kathryn y la obligó a aterrizar violentamente en la estación 68.

—Esa estación está ahora completamente abandonada, Duncan.

—Eso es. Por ello ha pasado Kathryn unos días bastante

amargos, sin ayuda posible, porque el aparato transmisor y receptor de su cohete quedó destrozado. Por fortuna, pudo repararlo al fin en parte, al menos lo suficiente para emitir algunas débiles llamadas de
S. O. S.
, en el lenguaje internacional, y Homer Brice captó una de ellas, acudiendo en su rescate. Las heridas no son serias. No hace falta hospitalizarla siquiera. Pronto estará bien del todo, Donald.

—Lo celebro —suspiró Callowan—. Imagino que no podrás ayudarme en nada, Kathryn.

—¿Sobre mis agresores? No, no puedo. Tras dañar mi cohete, ni siquiera esperaron a ver lo que me ocurría. Corrían como verdaderos bólidos. Les perdí de vista antes de caer. Eran negros, circulares como platos…

—Sí, sé cómo son, para desgracia mía —se lamentó Donald Callowan—. Gracias de todos modos, Kathryn, y celebro tu retorno, sana y salva.

—¿Puedo comunicarle a Benson lo que sucede?

—Yo lo haré. Ahora, Mark Benson está muy ocupado en la escuela espacial, instruyendo a sus alumnos en la última clase. Esta tarde comienzan los exámenes para los nuevos agentes.

—Comprendo, Callowan. No le molesto más. Hasta después.

Cerraron la conexión. Se apagó la pantalla luminosa. El jefe del SIP suspiró. Ojalá sus asuntos fueran de igual modo como los de Duncan Forrest y su caprichosa Kathryn.

Solamente le quedaba algo por hacer, y eso fue dirigirse al mapa mural luminoso, presentando todo el Sistema Solar, con sus estaciones espaciales, satélites y demás cuerpos artificiales. Marcó la situación de Ciudad
Lu-Mar
, luego la de la estación 68, y trazó una prolongación, más o menos recta.

El rumbo le sorprendió. Era diametralmente opuesto a Marte. Por el contrario, trazaba un amplio semicírculo, para rodear la Tierra y enfilar hacia Venus. Recordó algo. El veneno utilizado por el asesino de Murdock y de Skeny era también originario de una planta venusina. Pero eso no quería decir nada. La hermandad negra podía tener su guarida en Venus… o en la misma Tierra.

Pero en Venus había una colonia terrestre, regida por el coronel Guido Shantal, que tenía fama de peligrosa para la integridad y pacífica convivencia de los pueblos terrestres. Guido Shantal era un militar fanático y ambicioso, que en muchas cuestiones de política interplanetaria había demostrado un total desprecio hacia las órdenes emanadas desde los Organismos de Seguridad y de Estados Federados de la Tierra.

Un hombre como él podía hacer muchas cosas peligrosas. Incluso robar una fortuna en gas radiatum, para amenazar a otros con un arma terrible en su poder.

Callowan regresó, desalentado, a su mesa. Aquel endiablado caso cada vez presentaba facetas más oscuras y enigmáticas. Cuestiones que solamente se aclararían cuando pudieran echar la zarpa a la tenebrosa secta delictiva, al sindicato criminal de negros encapuchados, que obraba siempre al servicio de los criminales y delincuentes, cobrando por ello auténticas fortunas. Pero respondiendo a esa confianza de los bajos fondos, sin tener nunca fallos graves en sus golpes. El último, el del Banco Federal del Espacio, en Ciudad
Lu-Mar
, lo demostraba sobradamente…

Las cosas no parecían ofrecer mejor aspecto con aquella información de Kathryn Forrest. Pero al menos ofrecían cierto resquicio a las especulaciones.

Y eso era ya algo para quienes, como él y todo el SIP en aquellos momentos se movían en las más densas tinieblas.

Fue al siguiente día cuando en la mesa despacho de Callowan aparecieron las cartulinas de examen de la nueva promoción. Echó una ávida ojeada a todas ellas. Eran pocos los que aprobaban como auténticos agentes especiales del SIP. Los suspendidos, pasarían a ser simples funcionarios de la famosa máquina burocrática, también muy amplia, del SIP.

Contó hasta diez cartulinas de nuevos agentes especiales con magníficas notas en los exámenes de todo género llevados a cabo por los profesores especializados.

Y la mejor nota de todas correspondía a Dave Quarrell. El nuevo, brillante agente especial de la Spacial International Police…

—Me alegro por él —suspiró Callowan, con satisfacción—. Por

él… y por el SIP también. Creo que será un buen agente…

Más tarde, cuando comunicó a Gladys Mulder la lista de nuevos agentes, y vio el brillo de los ojos de la linda pelirroja, y el temblor de manos con que tomó la cartulina de Dave, un temor asaltó a Donald Callowan, y se preguntó para sí:

«Cielos. Ahora que Dave Quarrell es un buen agente…, ¿causará baja antes de lo que imaginaba?».

Y si preguntarse eso pensaba, naturalmente, en la norma habitual de que todo agente, al casarse, deja de pertenecer de forma automática al SIP.

# CAPÍTULO VIII

## CRIMEN… ¡Y SECUESTRO!

Dave Quarrell guardó el arma reglamentaria, de balas adormecedoras o narcóticas, y la pistola de bala con cabeza atómica, explosiva, capaz de derribar a los más reacios adversarios. Había pasado muy difíciles y duras pruebas en aquellas semanas de intensiva preparación. El judo, la lucha libre, con todas sus facetas más eficaces o espectaculares, junto a pruebas complicadas de tiro y precisión, vuelos espaciales, clases de psicología, nemotecnia, entrenamientos especiales contra toda influencia hipnótica o telepática —siempre posible—, habían formado un conglomerado intenso y difícil de sobrepasar.

Quarrell, con su poderosa humanidad, su desarrollado cerebro y su enorme fe había salvado toda clase de obstáculos. Ahora contempló con orgullo la insignia con las siglas milagrosas, que tiempo atrás había llegado incluso a odiar: SIP. Las iniciales de una

organización digna, poderosa y noble, al servicio de la ley y el orden en la Tierra y en los espacios siderales, conquistados por el hombre.

El joven inglés llegado en su adolescencia a los Estados Unidos, con un hermano delincuente y resentido, había logrado vencerse a sí mismo, vencer la influencia de una vida equivocada y de un hermano más equivocado todavía. Ahora ya era un hombre de bien. Y no sólo eso. Era un agente del SIP. Algo por lo que valía la pena de seguir adelante…

* * *

—Es su primera misión como agente del SIP, Quarrell. Encuéntreme a Gormann o a Mattoli. Uno de ellos trabajó para la Hermandad Negra en el asalto al Banco Federal. Quiero saber quién. Ambos han desaparecido. Uno, por su culpabilidad, sin lugar a dudas. Y el otro posiblemente por miedo a que sospechen de él, dadas las características de este robo, como así ha sido.

—Bien, señor Callowan. ¿Se tiene alguna idea de su paradero?

—Ninguna. Nuestros agentes lo han recorrido todo. Y en todo fracasaron.

—¿Podría ver esos informes, saber en qué lugares buscaron, señor? —preguntó Dave—. Si otros más veteranos que yo fracasaron, será inútil repetir la búsqueda donde ellos fueron. Fracasaría también.

Donald Callowan miró a Dave con interés. Asintió lentamente.

—Sí, creo que tiene razón. Nuestros agentes no son novatos, y si ellos no localizaron a esos señores, es porque no estaban allí donde buscaron. Pero le aseguro que va a costarle encontrar alguna parte donde no hayan husmeado mis agentes. Desde Washington hasta El Cabo, y desde Londres a Pekín, hemos batido el mundo entero. Los agentes del SIP en el globo han buscado palmo a palmo. En la Luna, en Marte, en Venus… ¡Nada en ningún sitio!

Dave no hizo comentarios. Durante un largo rato estuvo revisando los datos archivados en el SIP. Finalmente, devolvió todo a Callowan. La mirada penetrante del joven Quarrell brillaba, inquieta. Callowan lo observó, interrogándole:

—¿Tiene alguna idea? ¿Hay algún sitio donde no hayan buscado

nuestros hombres?

—Sí. El más sencillo de todos, señor. El que estaba más a la vista —declaró con calma Dave—. Y a ese voy yo ahora. Espero tener suerte en mi bautismo como agente…

No aclaró más. Callowan le vio salir, rascarse la cabeza, y se aproximó nuevamente al archivo, comenzando a revisar los informes que Dave recorriera de arriba abajo. AI terminar, se dio una fuerte palmada, en la frente.

—¡Diablo, es verdad! —exclamó—. ¿Cómo no se le ocurrió a nadie? Ese chico es capaz de dar con nuestro hombre… si su teoría coincide con la mía, y ambos estamos en lo cierto…

* * *

Los luminosos formaban un constante, cegador parpadeo sobre las cabezas de los que recorrían aquellas calles limpias y rectas, desiertas en la noche, a excepción de los trasnochadores y beodos, de los amigos de las diversiones que iban recorriendo los locales.

Músicas sincopadas brotaban de acá y de allá. Fantásticos nombres, mezcla de alegría y de pasión espacial, como «Club Aéreo», «Espacio-Feria», «Milky-way *Night Club*», «La Ruleta, del Cosmos», «El Planetario», «El Alegre Marciano» y «Space Dancing», eran sólo muestras de mil nombres en los que la fantasía creadora de sus dueños rivalizaba por atraer a los clientes.

Aquél era el barrio popular y ruidoso de Ciudad Lu-Mar. Un contraste obligado con la zona industrial, mecánica y militar de la base humana en el espacio, para que los viajeros se divirtieran. Y bien lo hacían todos ellos, a juzgar por la concurrencia que llenaba los locales, decorados con la misma exuberante fantasía, dotados de plataformas aéreas, de pistas de baile elevadas, de mesas flotantes, gracias al prodigio invisible de las columnas magnéticas de sostenimiento en el aire.

Un delirante frenesí musical, danzante y de bebidas exóticas, la mayor parte de ellas importadas de los planetas colonizados, formaban una mezcla invariablemente capaz de subirse a la cabeza del más firme.

Fermentos vegetales de Marte y Venus, aromatizados y

convenientemente bañados por el alcohol o por el netozol marciano, más pegajoso, dulce… y embriagador, servían para emborrachar fácilmente a los juerguistas. Pero como eso era lo que buscaban en las calles del
Lu-Mar
alegre y bullicioso, todos se quedaban contentos.

El hombre de aspecto ebrio y ruidoso que penetró como una tromba por las puertas rodantes, en incesante movimiento, del «Space Dancing», se tuvo que apoyar en una columna de mil colores y luces, que giraba, giraba y giraba… y que le arrastró insensiblemente al centro de una enorme pista de baile circular, sustentada en el vacío por cuatro grandes columnas magnéticas invisibles. La orquesta tocaba desde otra pista o plataforma sostenida en el aire, en otro lugar del extraño recinto.

Llevaba recorridos muchos locales de Ciudad
Lu-Mar
. Bastaba verle para advertir tal cosa. El borrachín, que era fornido, pelirrojo y con grandes lentes sobre su nariz aguileña, rió estúpidamente, pidiendo un doble netozol-*gin* en el mostrador flotante.

Se lo sirvieron. Un momento después, el asombrado barman vio cómo la bebida se había eclipsado del alto vaso. Un buen montón de grados más para el tipo. Pero allí nadie se cuidaba de advertir a la gente sobre eso. Allá cada cual con sus debilidades.

Los ojos estúpidos y borrosos del beodo recorrieron la repleta pista. Había una pista más, a un nivel superior. Y una especie de graciosos globos translúcidos, flotando ordenadamente en el aire, conducían a quien lo deseaba hasta el lugar elegido, como si viajara dentro de una singular burbuja cristalina, sin duda dirigida por un sistema electrónico ingenioso y hábil.

El borracho tomó uno de aquellos globos móviles, y le dejó en la pista superior. Ésta era muy amplia y concurrida. Se jugaba allí a toda clase de juegos de azar, y las posturas eran altas. Los empleados del «Space-Dancing» vestían un tejido verde, fantástico, de gran brillo, ceñido a sus cuerpos, y cubrían sus caras con centelleantes antifaces, orlados de pedrería. El resultado era altamente decorativo.

Acercóse el tipo beodo y pelirrojo a una mesa de súper ruleta, o

ruleta gigante, a base de complicadas combinaciones con tres bolas de distintos colores, tres bandas de cifras, y un parpadeante cuadro electrónico de figuras y números, en un muro de la pista flotante en el vacío.

El *croupier* de esa mesa era un hombre enjuto y no muy alto. Además del antifaz verde, lucía una hermosa cabellera rubia, y el resultado era deslumbrador. El beodo se fijó en el con cierta insistencia, al jugar varios billetes de veinte dólares a una serie de números que, naturalmente, no salieron premiados.

Como por pura accidente, de pronto el beodo dijo unas cuantas palabras malsonantes y se derrumbó sobre la mesa de ruleta. Estiró las manos, para evitar la caída, y no encontró cosa alguna a la que aferrarse, sino a la cabellera rubia y ondulada del *croupier*.

Éste chilló, pegando un salto vivísimo hacia atrás, para no ser aprehendido. Pero la mano del borracho ya se cerraba en sus cabellos, y el salto sólo sirvió para que la cabellera, estirada violentamente, saliera limpiamente de su cabeza…, ¡mostrando ésta, totalmente pelada y brillante, bajo la peluca!

El *croupier* inició la retirada vivamente. Pero el beodo, con increíble agilidad y no demostrando ahora la menor vacilación en sus movimientos, rodeó la larga mesa de ruleta en dos zancadas, cerrando el paso al hombre de la ruleta, y de un tirón violento le quitó el antifaz.

—¡En nombre del SIP, date preso, Pietro Mattoli! Ordenó abruptamente.

Al mismo tiempo, con una mano se arrancó gafas, nariz postiza y cabellos rojos, tan falsos como los rubios del *croupier*. Con la otra, extrajo su pistola adormecedora, que apuntó al italiano enjuto y pálido, encogido ante él.

—¡El SIP! —Chilló el desenmascarado bribón—. ¡Maldito sea…!

La gente se agolpaba en torno de ellos. Y lo que al principio les pareciera un incidente pintoresco y divertido, ahora cobraba súbito dramatismo. Muchos de aquel distrito de Ciudad
Lu-Mar
, hubieran intervenido gustosos en favor del rufián que era Mattoli. Pero el nombre del SIP despertaba demasiado respeto, demasiado miedo, para que los elegantes hampones del «Space-Dancing» intervinieran.

Además el aspecto de Dave Quarrell, pistola en mano, no era tranquilizador precisamente. Se adivinaba en él, al hombre capaz de todo por lograr su objetivo.

—¡Tú eres Quarrell! —Escupió Mattoli con desprecio—. ¡Te conozco ahora! ¡Cochino traidor, eres indigno hermano de Earl! ¡Ése sí que era un tipo…, no un «soplón» como tú!

—Soy agente federal del SIP, Mattoli. Eso es todo. En marcha, amiguito…

El italiano, cazado en su propia ratonera, y precisamente allí donde nadie le buscara hasta entonces, muy cerca del lugar robado y dentro mismo de Ciudad
Lu-Mar
, desechada por los hombres de Callowan, por considerar absurdo que estuviera allí su hombre, no tuvo otro remedio que echar a andar dócilmente, bajo la amenaza de Dave.

Pero el lugar, aquel endiablado y original «Space-Dancing», era mal sitio para que las cosas rodaran bien. Sobre todo, si alguien tenía interés en que rodaran mal…, y ese alguien pertenecía de algún modo a la dirección y organización del local.

De súbito, se apagaron las luces casi en su totalidad, y oscilaron las columnas magnéticas invisibles, provocando un colectivo pánico, y un aterrorizado movimiento de los clientes, al sentir cómo se tambaleaban las pistas suspendidas en el aire, a muchas yardas de altura sobre el suelo bruñido, liso y desnudo, del edificio. El saber que aquel suelo era blando como la espuma, pese a su aspecto, no tranquilizó a nadie.

Dave Quarrell lanzó una imprecación al advertir, en la penumbra súbita, que su cautivo echaba a correr vertiginosamente, y se lanzaba, planeando, al aire, hasta aferrar un globo en marcha, con el que descendió hacia la pista inferior. Disparó velozmente, pero erró el disparo, y la bala adormecedora se perdió en el aire. Sin embargo, su detonación contribuyó a aumentar la atmósfera de temor y desconcierto en el club.

Mattoli estaba ya subiendo a otro globo viajero, en la pista inferior, cuando Dave descendía dentro de una de esas burbujas cristalinas, cuya marcha se había hecho lenta ahora, con el casi total apagón.

Quarrell maldecía la intervención de quienes dificultaban así la

captura del italiano. Pero todo ello le reafirmaba en la seguridad de que, por fin, tras una noche interminable de rondar los mil y un garitos elegantes y alegres de
Lu-Mar
, había dado con su hombre, con el hombre que buscaba el SIP…

No se le escaparía. Ahora no podía escaparse. Mattoli, aterrorizado, huía de él. Pero era en vano. Estaba acorralado. Era cuestión de tiempo darle alcance.

Ya estaba el italiano corriendo hacia la salida del club. Atropelló al portero, a quien derribó aparatosamente, y Dave saltó desde la pista de arriba, dejándose deslizar por la columna de los mil colores, temerariamente. Alcanzó como un proyectil el suelo, y en una zambullida fantástica, se precipitó a la calle, en pos del fugitivo.

Pietro Mattoli corría vertiginosamente cruzando ahora la amplia avenida llana y desierta, que millones de luminosas chispas hacían brillar con su fulgurante cascada de luz. Dave lo hizo en pos de él, ganando terreno.

Pietro corría hacia un recodo inmediato, cruce con otra avenida ascendente, y llegó allí seguido muy de cerca por Dave, que no quería disparar su arma, hasta no estar seguro del blanco.

—¡Alto! —gritó Dave—. ¡Alto o disparo! Date preso, Mattoli ¡Es inútil que huyas!

De haber parado entonces, Mattoli hubiera salvado su vida. Pero él no lo sabía, ni siquiera lo imaginaba, y siguió adelante. Ése fue su error, su grande y postrero error.

De la esquina inmediata brotó, como un alud, algo centellante, algo que rugió, hendiendo el aire, sin detenerse conforme marcaba, la ley de circulación por Ciudad
Lu-Mar
. Era un turbo móvil de gran potencia y enormes faros. Éstos bañaron en luz al infortunado Mattoli, cuando se detuvo en la esquina, aterrorizado por la salida vertiginosa del vehículo.

Éste le arrolló, y un grito desgarrador, brotando de la garganta del fugitivo, concluyó con la trágica escena. Luego Dave Quarrell hubo de hacer un prodigioso salto, una zambullida increíble, para caer, rodando sobre sí mismo, en una acera de la avenida, mientras el vehículo a turborreacción, pasaba, centelleante, por donde él

estaba de pie poco antes.

Fue engullido por la noche, tras otro recodo de la ciudad del espacio, dejando tras de sí, como rastro de su paso, una leve neblina de gases del turborreactor, y la masa aplastada, irreconocible y sanguinolenta, del desdichado Pietro Mattoli…

Dave corrió hacia él, tras hacer dos disparos inútiles, con balas explosivas, hacia el lugar por el que huyera la máquina asesina, tripulada por alguien que había estado esperando a Mattoli para arrollarle sin posibilidad de salvación.

Estaba muerto, destrozado. Dave suspiró, con la vista fija en Mattoli. Lo mismo que Murdock días atrás, un posible compinche de la Hermandad Negra había caído. Ahora el hombre que pudo haber revelado cómo se planeó y realizó el robo audaz del Banco Federal…, y tal vez el paradero del gas-radiatum robado.

Pero Dave introdujo la mano en las ropas destrozadas y sangrantes del pobre italiano muerto. El joven agente británico del SIP encontró diversos papeles, igualmente sucios de sangre, a causa del atropello. Dinero en abundancia, dentro de una cartera de plastmetal. Acaso más de cien mil dólares. Evidentemente, Mattoli era el hombre buscado. Su empleo de *croupier* enmascarado en «Space-Dancing», le había servido de escondite ideal hasta entonces…

Se puso Dave en pie, mientras alrededor suyo se agolpaban los curiosos, y sonaban las sirenas de las patrullas policíacas urbanas, aproximándose al lugar. Examinó lo que la cartera contenía, además del dinero.

Un pasaporte interplanetario, a nombre de Janos Karman. Mattoli había sido siempre un buen conocedor del húngaro. La fotografía del pasaporte era la de Mattoli, algo desfigurada. Y en ese pasaporte figuraba, numerosas veces, en las casillas finales, el sello de las autoridades de la Colonia de Venus.

Venus… era una pista que tal vez iba a agradar a Callowan. Y al SIP, pensó Dave Quarrell, guardándose las pertenencias del hombre asesinado en la calle de Ciudad
Lu-Mar
.

* * *

—Quarrell, me gusta su modo de actuar en este caso —dijo lentamente Callowan, después de haber cerrado el pasaporte a nombre de Janos Karman, que utilizara Pietro Mattoli para ir y venir de Venus—. Ha encontrado a su hombre en el único lugar donde lógicamente no podía ser hallado. Y aunque el enemigo es lo bastante astuto para saber anticiparse a nuestros actos…, las cosas que suceden van marcándonos ya una pista clara.

—Era Mattoli, sin lugar a dudas, quien asesoró y dirigió el «golpe» del Banco Federal del Espacio —asintió Dave lentamente, aspirando el humo de su cigarrillo, sin aparentar darse cuenta de la avidez con que el jefe del SIP contemplaba aquellas aromáticas volutas—. Al matarle, han cerrado una boca que, como la de Murdock, hubiera podido ser muy locuaz. Sin embargo, nos han dejado abiertas otras, no por silenciosas menos elocuentes.

—Ahora estoy seguro de algo: el gas-radiatum está en Venus, Quarrell.

—Yo también he pensado igual, señor, pero en la Colonia Venus hubieran advertido cualquier anomalía sospechosa…

—¿Y si no les interesara comunicar tal anomalía? —Se inclinó Callowan hacia él—. Suponga, Quarrell, suponga que es precisamente por encargo del propio jefe militar de Venus por lo que ese radiatum ha sido robado.

—¿Quiere decir…?

Donald explicó:

—Quiero decir que posiblemente nos encontramos frente a una traición contra el gobierno federal. Y que en Venus se está incubando una revuelta, una acción agresiva rebelde contra la Tierra…, movidos los hilos por un hombre ambicioso y resuelto a todo.

—¿Él coronel Guido Shantal?

—Eso es. Quarrell, vamos a partir en el acto hacia Venus.

—¿Nosotros dos… solos?

—Podríamos ir solos. Pero llamaremos a alguien más que puede sernos muy útil. Y solamente partiremos los tres. No quiero injerencias entrañas. Ya dudo hasta de mí mismo. Después de lo ocurrido a Murdock en el hospital, y después del asesinato de Mattoli, en las calles de
Lu-Mar

, no me sorprendería descubrir la existencia de un traidor en nuestras propias filas.

—Bien, señor. ¿Quién será esa tercera persona, entonces?

—Mark Benson, uno de los mejores agentes del SIP.

* * *

Los tres hombres miraban ante sí, en un absoluto, dramático silencio. Era Callowan quien conducía la nave, en su viaje a través del espacio. Venus era el destino del aerocohete.

Dave Quarrell y Mark Benson permanecían inmóviles a ambos lados del jefe del SIP. El vuelo espacial transcurría sin novedad. Callowan utilizaba la máxima velocidad posible, y el vehículo interplanetario era como una centella en el espacio.

La tierra había, quedado muy atrás. Apenas si era visible ya, tras el salto final desde las plataformas del espaciódromo del satélite 35, en la ruta de Venus. Ahora un salto más, de escasas horas, y el planeta de las brumas, las zonas pantanosas, los musgos azulados y los líquenes, surgiría ante ellos.

—Espero Que todavía estén las cosas en orden en Venus —dijo Callowan mordisqueándose pensativo el labio inferior, añorando más que nunca el acre contacto de un buen cigarro—. Si la base se ha levantado en armas o cosa parecida, nos capturarían, ejecutándonos en el acto, para que no fuese revelado lo que se incuba allí.

—¿Por qué no denunció usted sus sospechas antes de partir? —aventuró Benson, que durante todo el viaje parecía guardar un silencio nervioso y tenso.

—No me gusta nunca adelantarme a los acontecimientos, Benson. Haré público lo que sucede, cuando sepa exactamente lo que es… y si realmente sucede. Hasta ahora sólo son meras sospechas…

Mark Benson no respondió. Sus ojos estudiaron rápidamente de soslayo, a Dave, que seguía escrutando la negrura infinita del espacio, salpicado de lejanos astros. Luego miró a Callowan. El jefe del SIP viajaba convencido de la lealtad absoluta de sus dos compañeros de viaje.

Benson recordó las órdenes de la Hermandad Negra. Y su

consigna: «¡Raptar a Callowan!». Las cosas parecían presentarse mejor de lo que jamás imaginó. Solos él, Callowan… Dave Quarrell. El culpable ideal, si algo sucedía en aquel viaje.

Y ese ago… iba a suceder muy pronto.

La astronave siguió ascendiendo, como una flecha vertiginosa, rumbo al cénit, al astro que ya aparecía en sus visores, cercano y enigmático. Encerrando tal vez en su brumosa superficie de marismas y gases tóxicos el misterio del audaz robo llevado a cabo por la Hermandad Negra en Ciudad
Lu-Mar
.

Pero era ése un secreto que los supercriminales no estaban dispuestos a que revelara el SIP…

Nadie, excepto Benson, advirtió el lento, silencioso deslizamiento de la puerta posterior de comunicación con la cabina de la cola del aeroeohete. Pero Mark no se movió, ni hizo la menor acción de observar casa alguna sospechosa. Se mantuvo quieto, rígido, pendiente de lo que estaba a punto de suceder…

Por la abertura de la puerta posterior asomó primero una mano. Esgrimía una pistola de balas adormecedoras. Detrás las negras mangas de una siniestra indumentaria de caucho negro, brillante, rematada por una capucha de igual material y color, tras la que unos ojos malévolos centelleaban crueles.

Se movió muy despacio en el cohete, pero a pesar de todo su sigilo, no pudo evitar el ser descubierto. Fue Quarrell quien primero advirtió algo anómalo a su espalda. Acaso un sexto sentido, un inconsciente presentimiento, le avisó. Giró la cabeza, y al descubrir al encapuchado, gritó algo, al tiempo que su mano volaba a la pistola.

Callowan soltó los mandos, volviendo bruscamente su cabeza. Pareció sorprendido por la pasividad de Benson, y gritó, al tiempo de buscar también su propia arma:

—¡Vamos, Benson, defiéndase! ¡Es un miembro de la Hermandad Negra!

Mark Benson no se movió, ante el estupor de Callowan. Quarrell no logró disparar su pistola, porque antes una bala perforó su hombro con violencia. Conocía bien el arma utilizada por el adversario, ya que era idéntica a las reglamentarias del SIP. Sintió el

ardiente impacto, y comprendió que iba a caer.

Era un proyectil adormecedor, que en pocos segundos ejercía su acción letal en el interior del ser humano, reduciéndole por completo. Pugnó por combatir esa sensación soporífera que se extendía velozmente por su organismo, y no le fue posible. Se doblaron sus rodillas, a tiempo de ver cómo Callowan disparaba sobre el enemigo encapuchado.

Pero Benson se abalanzó sobre Callowan, inesperadamente, y de un golpe de sus brazos sobre la mano armada, desvió el balazo del jefe del SIP, que se incrustó en el techo metálico de la nave, Éste chilló, descompuesto, mirando con horror a Benson.

—¡Maldito traidor!… ¡Esto le costará…!

No terminó la frase. El encapuchado disparó a su vez. La bala adormecedora se incrustó en Callowan, que osciló, cayendo sobre su rodillas, antes de rodar de bruces, incapaz ele vencer al narcótico. Dave advirtió, durante unos, fugaces instantes, ya en el límite de su consciencia, que Benson se inclinaba sobre Callowan, para advertir si estaba inconsciente.

Y que el encapuchado lo hacía sobre él, a su vez…

Aún no había perdido él del todo su consciencia, pero lo fingió, ya con la visión borrosa y una extraña laxitud en sus músculos y miembros. Vio muy cerca de él la velluda mano enguantada del agresor de la hermandad negra, tan misteriosamente filtrado en la nave del SIP…, paro que con la traición de Benson no era tan misterioso ya.

Por debajo de su guante asomaba el vello de su brazo, enjuto y musculoso…, y cruzado por una larga cicatriz lívida, en la que no crecía vello alguno. Era moreno, muy moreno y peludo, evidentemente. También musculoso y delgado. Y la cicatriz…

No logró fijar más en su mente. Se hundió en las tinieblas, sintiendo vagamente, muy en la distancia, unas últimas palabras de Benson, que parecían llegar a él entre extraños y soporíferos zumbidos:

—Ya lo tenéis… Llevaos ahora a Callowan, y yo me llevaré a Quarrell a la Tierra, para acusarle del secuestro. Lo tengo todo planeado… ¡Pero no quiero volver a colaborar con vosotros, malditos asesinos!

Esto último ya no lo oyó Dave. Ni tampoco la burlona, sibilante

respuesta del encapuchado:

—No le necesitaremos más, Benson, no se preocupe. Y el jefe cumplirá su palabra, tal y como usted pactó con el número doce. Callowan vivirá… Nadie va a hacerle daño.

Mark Benson asintió, con aspecto de cierto alivio. Pero, en realidad, en su interior el traidor del SIP no sentía la menor tranquilidad. Él sabía cuánto se podía hacer en el cerebro de un hombre, sin necesidad ele matarle ni de hacerle daño, en el estricto sentido de la palabra.

# CAPÍTULO IX

## CONTRA TODOS

ONALD CALLOWAN. JEFE SUPREMO DE LA POLICÍA INTERNACIONAL DEL ESPACIO. SECUESTRADO POR LA HERMANDAD NEGRA! ¡DAVE QUARRELL. HERMANO DE UN CONVICTO DE ASESINATO EJECUTADO, TRAIDOR AL SIP Y ACUSADO DE COMPLICIDAD EN EL SECUESTRO!».

Los titulares eran idénticos en todos los periódicos, en las telecrónicas, en los boletines especiales de última hora televisados a todos los países.

Gladys Mulder los apartó de un manotazo, con expresión

turbada, perpleja. Sepultó el rostro entra ambas manos y musitó una y otra vez, como si quisiera convencerse de ello a sí misma:

«¡No puede ser…, no puede ser!… ¡Dave no puede ser un traidor…!».

Ella había oído los informes sobre el arresto de Quarrell, a cargo del que fuera su instructor, Mark Benson, uno de los agentes más destacados del SIP.

Y también sabía que Dave, furiosamente, se había defendido, acusando a Benson de complicidad con la hermandad negra, en la captura de Callowan, y de quererle presentar a él como culpable de lo que era una traición suya. La acusación, en labios de un novato con malos antecedentes familiares, contra un hombre del prestigio de Benson dentro del SIP, parecía ingenua, realmente fantástica. Nadie le dio crédito. Ahora, Dave Quarrell aguardaba el momento de ser juzgado como traidor, mientras cientos de agentes de todo el mundo se lanzaban desesperadamente en busca de Callowan, desaparecido misteriosamente en lo que Benson calificaba de un vuelo provocado por Quarrell, llevándose consigo a Callowan para secuestrarlo en favor de la hermandad negra. Benson decía que él halló la nave en el satélite 68, deshabitado a la sazón, y allí redujo a Dave de un tiro misericordioso, simplemente adormecedor, para llevarlo consigo a la Tierra.

Gladys no sabía qué pensar. Por un lado tenía fe en Benson, como agente del SIP. Por otro, le era imposible admitir que fuese Quarrell un traidor de tal magnitud. Ella estaba segura de conocerle bien, pese al poco trato habido. Dave era un gran muchacho. Ella nunca se había fijado tanto en un hombre. Nunca como ahora…, en aquel infortunado joven, a quien tal vez seguía dañando la negra fama de su hermano, desde más allá de la propia vida.

Ahora Dave Quarrell esperaba en la celda del pabellón de presos del SIP el momento de pasar ante sus jueces. Ella misma había de ser quien anotara todo el expediente, y había de llevarlo luego a la sección jurídica del SIP.

Con un suspiro se inclinó sobre los informes. Tenía que trabajar en tan penoso asunto. Contempló con temor la puerta cerrada de Callowan. El buen amigo, el jefe noble y enérgico, entrañablemente humano y cordial no estaba ahora allí. Su despacho se hallaba vació; Desierto, silencioso… ¿Dónde estaría ahora Donald Callowan,

el hombre que tanto simbolizaba para la justicia, para la policía internacional que guardaba la ley y el orden en los espacios y en la Tierra?

Procuró olvidar, pensar solamente en su trabajo.

Y en él permaneció hasta altas horas de la madrugada, para acudir aquella misma noche al pabellón de presos y dejar en la sección jurídica los documentos que habían de servir para juzgar a Dave.

* * *

—¿De veras quiere visitar ahora al preso, señorita Mulder?

—Sí, por favor. Llegué a creer que era un buen muchacho y un agente de gran porvenir, y puse cierta fe en él. Me gustaría poderle ver ahora, saber lo que tiene que alegar en su descargo…

—Bien, señorita Mulder. No es procedente esto, pero usted pertenece al SIP, después de todo, y tiene sus prerrogativas. Me permitirá que sea registrada antes de pasar a la celda, y podrá ver a Dave Quarrell, el traidor que acaso provocó la muerte de nuestro jefe con su falsedad…

Ella pasó por el registro electrónico, en una cámara especialmente dispuesta, y luego salió, recibiendo de manos del encargado del registro jurídico su correspondiente pase a las celdas.

Con él se encaminó a las mismas. Un centinela armado controló su pase, comprobó la identidad de la joven y condujo a la bella alemana a la celda de Dave.

—Ahí tiene al traidor, señorita Mulder —fue informada—. No ha intentado siquiera dormir en toda la noche. Parece estar pensando en lo que le espera…, y en el error que cometió.

Asintió Gladys en silencio. Pasó junto al agente, y en la prisa chocó con él con cierta violencia, excusándose:

—Oh, perdone. Este corredor es demasiado estrecho… ¿Cuánto puedo estar con, él?

—Cinco minutos nada más es lo fijado. Usted puede estar diez, señorita Mulder.

—Gracias, agente… —Se abrió automáticamente la puerta. Entró en la celda y la puerta se cerró de nuevo tras ella, quedando fuera el agente de vigilancia.

Dave Quarrell alzó la cabeza. La contempló con asombro y se puso en pie.

—¡Usted! —exclamó—. ¿A qué viene aquí, señorita Mulder?

—Quería verle…, saber lo que le sucede, Quarrell, Creí que usted y yo éramos buenos amigos —musitó ella, sintiendo que le flaqueaban las piernas bajo la penetrante mirada de él—. Me ha decepcionado usted mucho, sinceramente…

—¿Es que de verdad cree también usted en mi culpabilidad?

—Parece ser indudable. No me dirá que crea en la de Benson…

—Sin embargo, ésa es la verdad —amargamente agitó sus manos —. No tengo por qué mentirle a usted, Gladys. Benson asistió al secuestro, íbamos a Venus, a buscar el gas robado, que está allí. Callowan sospecha una revuelta militar en Venus, pero en el viaje apareció a bordo un encapuchado de la hermandad negra, Benson evitó que Callowan se defendiese, yo fui herido… y ya no sé más. Benson ha mentido, aunque ignore por qué. Debe creerme, Gladys, ¡tiene que creerme alguien!

—¿Y qué resolverá con que le crea yo?

—Nada práctico, pero me sentiré mejor. Usted es una muchacha inteligente y sensible. Dígame…, ¿sigue creyendo que yo ayudé a causar mal alguno a Callowan, al hombre que confió en mí sobre todas las cosas y me dio mi oportunidad?

—No sé…, no sé qué creer, la verdad.

—Gladys, yo sé que aquel hombre, el encapuchado de la hermandad, era moreno, velludo y delgado, bastante fuerte, de mediana estatura…, y lucía una larga cicatriz en su brazo derecho, desde la muñeca hasta la mitad del antebrazo. ¿Puede usted, en el gabinete de identificación, hallar la ficha de alguien con esas sellas?

—La cicatriz podría ser fácil de localizar, ciertamente —asintió ella—. ¿Pero cree realmente que existe ese hombre?

—Es el que nos atacó. Yo le vi, sé que existe. Y ése puede descubrir la verdad…, si no le matan antes. Él podría llevarnos hasta Callowan mismo. Porque, desengáñese, Gladys. En estas circunstancias, solamente Callowan puede salvarme. Pero si vuelve vivo, tal vez esté idiotizado por torturas mentales de la hermandad. Creo que al raptarle, buscan los secretos interiores del SIP, para neutralizarnos.

—Es una teoría plausible. Dave, yo puedo buscar esa ficha de

identidad. Pero no antes de que a usted le juzguen, y, tal vez, condenen. Tendría que salir de aquí, ocultarse hasta el momento oportuno de actuar con las pruebas precisas…

—Es cierto —desalentado, Dave se dejó caer en su lecho—. No hay solución ya…

—Puede haberla —dijo lentamente Gladys, bajando su voz—. Suponga que alguien cree en usted…, lo suficiente para darle una oportunidad. Ese alguien se lo juega todo a una sola carta: la de creer en usted. Y. darle los medios para salir de aquí.

—¿Existe ese alguien tal vez?

—Sí. Yo.

—¿Usted?

Gladys no habló. Su mano, diestramente, se hundió en las ropas, y extrajo una pistola adormecedora, que arrojó sobre el lecho, junto a Dave. Habló rápidamente luego:

—Pertenece al centinela. Se la quité, fingiendo un tropiezo. Soy bastante hábil. Utilícela bien si es realmente inocente. ¡Y procure salvar a Callowan del peligro que corre!

—¡Gladys! ¡No es posible que usted… corra este riesgo!

—Ahí tiene la prueba. Lo corro. Y creo en su inocencia, Dave… no sé por qué.

—Dios la bendiga, Gladys —le tendió una mano—. Espero poder estar a la altura de su fe en mí… y traer a Callowan sano y salvo. No olvide usted buscar al hombre de la cicatriz. Lo demás… será cosa mía. Ya nos veremos. Gracias… y hasta pronto.

—Suerte, Dave —musitó la linda alemana. Impulsivamente se inclinó sobre él, rozó su frente con los labios. Luego corrió a la salida y llamó al centinela.

Éste, confiado, no había advertido la desaparición de su pistola de emergencia, en realidad secundaria en su más eficaz y violento armamento. Sonrió a Gladys, abriéndole la puerta, y se alejó con ella, corredor adelante.

Dave empuñó la pistola, adormecedora con expresión resuelta. Sacaría el mayor provecho posible de aquel arma. Y bien pronto ciertamente…

* * *

El centinela, alarmado, despertó a los gritos roncos, auténticos estertores, que surgían de la celda del prisionero.

Se incorporó con un gruñido, tomó su arma y su llave magnética, y avanzó, todavía somnoliento, hacia la celda de Dave Quarrell. Ya cerca de ella percibió más claramente los doloridos gemidos del preso. Le interpeló, pero Dave no respondió. Seguía quejándose, reflejando auténtico dolor, sin escandalizar demasiado.

Asomó el centinela. Quarrell se retorcía en el suelo, convulso. Abrió la puerta el guardián, pistola en mano. Sin acercarse demasiado al preso, preguntó con tono abrupto:

—¡Vamos, Quarrell! ¿Qué le sucede? ¡Conteste de una vez y deje de quejarse!

Llegó entonces la respuesta, cuando Dave dejó de lamentarse. Pero fue una réplica sorda, inesperada. Algo parecido a un taponazo. Un impacto seco, doloroso, alcanzó al confiado centinela en pleno costado.

Gimió entre dientes, intentando gritar, pugnando por huir, con una rápida media vuelta, para lanzar la alarma. No llegó a tiempo. La acción soporífera de una bala era lenta, pero eficaz. Sin embargo, Quarrell había introducido doble cabeza adormecedora en el proyectil, y así el efecto fue fulminante. Con las cuerdas vocales paralizadas y una rápida atrofia de sus miembros, el centinela rodó sin un grito ni un acto de resistencia.

Dave Quarrell se incorporó, sin traza alguna de dolor. Desarmó totalmente al centinela, salió de la celda, cerrando la puerta, y se alejó por el corredor en silencio, hacia la parte posterior del edificio.

Lo más difícil estaba logrado. Salir ahora del pabellón sería cosa sencilla.

Estaba a dos pasos de la libertad. A dos pasos de la última oportunidad que tenía para demostrar su inocencia, para salvar tal vez a Callowan de una horrible suerte, mil veces peor que la muerte…, y también para acusar con pruebas a Mark Benson, por su inexplicable traición.

* * *

Gladys dio un respingo.

La registradora de fichas del SIP acababa de acusar una anomalía en su función normal de clasificación de fichas. Había introducido por la ranura del lector robot la descripción que le hiciera Dave del hombre encapuchado.

Tras desfilar por los clasificadores automáticos hasta treinta o cuarenta mil fichas distintas, una especial habíase depositado en el compartimento de coincidencias.

No quiso esperar a más. Extrajo la ficha, la consultó.

Tal vez se había equivocado, porque correspondía a una persona notable. El jefe de vuelos civiles a Marte y la Luna, Hermán Grodnik.

Hermán Grodnik era una personalidad en la Tierra. Rico y bien situado, al margen de cualquier sospecha, Vaciló con la ficha en la mano. Podía haber otros muchos que respondieran a su descripción. O Dave pudo engañarla…

Pero tampoco Murdock, el reportero, era sospechoso. Ni Benson. Si Dave decía verdad.

No estaba más que ella sola en las oficinas del SIP. Nadie la había relacionado con la sensacional fuga de Dave Quarrell, que ocupaba por completo la actualidad. Los agentes rondaban por doquier, en busca de su presa en esta ocasión doble: querían hallar a Callowan o a Quarrell, por muy distintos motivos.

Por eso estaba trabajando febrilmente en la máquina registro de identificaciones. Y éste era el resultado: Hermán Grodnik, un rico y poderoso personaje social.

Tenía que localizar a Dave. Tenía que comunicarle la noticia. Pero ¿cómo hacerlo? No sabía dónde podía estar él. No sabía adonde dirigirse en busca suya.

Pero aquella misma noche, horas después, Gladys Mulder salió de dudas. El zumbador del teleparlor sonó en el silencio, sobresaltándola. La muchacha lo descolgó, iluminándose la pantalla. Vio en ella a Dave, reconociéndole a pesar de su disfraz. El parche en un ojo, los cabellos rojos, el sombrero encasquetado y la barbita postiza no bastaron para engañarla.

—¡Dave! —exclamó—. ¡Usted!

—Chist, no grite tanto —sonrió su interlocutor—. Mi disfraz no debe ser muy bueno, a juzgar por lo que veo…

—Le reconocería de cualquier modo, Dave. ¿Dónde está ahora,

qué hace…?

—No puedo decírselo, Gladys. Alguien podría escucharlo y estaría perdido. Me hallo a seguro…, de momento. ¿Sabe algo sobre el hombre de la cicatriz?

—Sí, Posiblemente —esté equivocada, no sé. Es alguien importante…

—No se sorprenda. Todos los miembros de esa secta son muy importantes, al parecer. Vamos, Gladys, amiga mía. ¿Quién es él? Espero sus noticias para entrar en acción…

—Se llama Hermán Grodnik. Y es jefe de vuelos civiles interplanetarios.

—¡Grodnik! He oído hablar de él a veces… Gracias, Gladys. Es usted un sol. Tal vez muy pronto tensa noticias mías…, para bien o para mal.

—¡Dave, espere! —gritó ella. Pero era tarde. Quarrell había cortado. Apoyó el micrófono en el teleparlor y suspiró contemplando la pantalla sin luz—. Oh, Dave, creo que estoy loca por ti…, y tengo miedo. ¡Mucho miedo por tu vida!

# CAPÍTULO X

## ¡A VIDA O MUERTE!

El hombre salió del alto edificio blanco. Echó a andar hacia su turbomóvil. Detenido frente a la casa. Nunca llegó a él. Al menos, no por su pie.

Una sombra surgió de la larga hilera de arcadas inmediata al edificio, y entre las de un hombre podía ocultarse fácilmente. Cayó sobre Hermán Grodnik como una catapulta, y algo sólido y macizo se estrelló con seco impacto en la sien del importante industrial.

Rodó de bruces sobre el terso asfalto de la gran ciudad. Luego, antes de que nadie pudiera percatarse en el desierto distrito residencial de lo ocurrido, unas manos poderosas le introdujeron en otro turbomóvil gemelo del de Grodnik.

La portezuela se cerró. Dave Quarrell oteó el exterior, iluminado y silencioso, de la ciudad en la noche. No parecía haber peligro alguno en las inmediaciones.

Alzó un brazo de su cautivo y lo examinó a la fuerte, pero delgada luz de una lámpara de bolsillo. Descubrió el vello moreno y abundante, los brazos enjutos y musculosos, de piel bronceada… y la larga, lívida cicatriz. La misma que viera a bordo de la astronave en la que fue secuestrado Donald Callowan.

Sonrió satisfecho, como un tigre que ha logrado aferrar a su presa. En la penumbra interior del turbomóvil se movió con la rapidez y elasticidad de un gato. Tomó una caja metálica, arrinconada sobre el asiento. Era rectangular y oscura. La abrió, pulsando un resorte. Extrajo algo que en el SIP era bien conocido, pero que muy pocos conocían, fuera de los agentes de la brava organización.

Un mecanismo electrónico, encerrado en una maquinaria cilíndrica, provista de electrodos que apoyó en ambas sienes del inconsciente prisionero. Un tercer electrodo se fijó en su nuca. Luego, los dedos de Dave se apoyaron en unos botones. Zumbó el aparato y comenzó a girar en el centro del cilindro un carrete de papel metálico, supersensible, enrollado. Simultáneamente, Dave interrogó con voz sorda, junto a un micrófono conectado a los electrodos:

—¿Eres Hermán Grodnik?

«Si», respondió la máquina, grabándolo en el papel sensible.

—¿Miembro de la hermandad negra? —Tornó Dave.

«Sí», volvió a afirmar Grodnik por medio del cilindro sensible.

Así, Dave continuó el interrogatorio. Y Grodnik, inconsciente, fue respondiendo a través del lector mental utilizado en los interrogatorios, y cuya eficacia solamente los propios agentes del SIP sabían contrarrestar con su autoeducación mental para rechazar toda acción telepática, electrónica o hipnótica sobre sus células.

Grodnik, por fortuna, no era de ésos. Su mente respondía dócil. Y así fue refiriendo verdades a Dave Quarrell. Verdades que podían significar muchas vidas…

* * *

El hermano guardián abrió la puerta tras la contraseña; El número doce no llegó. Era el trece quien seguía al once, por la muerte de Adam Murdock. Luego llegaron el catorce, el quince…

Y la asamblea de la hermandad negra estuvo completa.

Entró el número uno con su teatralidad habitual. Lento, solemne, se aproximó al sitial de su presidencia, en torno a la redonda tabla de los nuevos caballeros de la muerte.

Habló solemne, enfático, con aquella singular voz metálica, que deformaba el micrófono situado bajo la capucha negra con la cifra 1 sobre su frente:

—Desde la última asamblea, muchas han sido las cosas que nuestra hermandad ha logrado. En primer lugar, la captura de Donald Callowan, agente supremo del SIP, cerebro de la peligrosa organización policíaca. En segundo, la venta a nuestros clientes del gas radiatum, con el cual cargar las armas que darán el poder a los que muy pronto se alzarán en armas en Venus, contra el poder central.

»El intermediario en el robo del gas radiatum fue oportunamente eliminado, y así todos los beneficios son para nosotros. El valor global de lo robado asciende a mil millones de dólares, de los cuales pretendían conformarnos solamente con cien. Pero la hermandad negra no admite engaños. Ahora, nuestro cliente intermediarlo no existe. Y el trato directo con el jefe militar de la Colonia Venus, coronel Shantal, nos proporciona mayor beneficio, y un aliado importante en su persona, agradecida a nuestra acción en favor de sus planes.

»Pero todo eso se discutirá en otra asamblea, en la que cada miembro recibirá sus millones correspondientes. Ahora se trata de algo más importante. Van ustedes a ver, hermanos, a nuestro enemigo mortal, reducido a la impotencia: ¡Donald Callowan!

Hizo un gesto, y los guardianes, que sin duda tenían prevista ya la teatral presentación del prisionero, aparecieron por la puerta del fondo. Entre ellos, sin necesidad de ligaduras, celosamente vigilado por las armas de los encapuchados, apareció Donald Callowan. Un murmullo de admirado júbilo recorrió la asamblea.

—¡Éste es el hombre que hubiera destruido nuestra hermandad, de serle posible! —señaló con énfasis el jefe supremo de la organización criminal, señalándole—. ¡Ése es Donald Callowan, cerebro del SIP, a quien nosotros vamos a interrogar en breve, pero no siguiendo un sistema rutinario, que los agentes del SIP saben dominar y vencer, sino por medio del lavacerebros que hemos

descubierto, y cuyo sistema magnéticomental directo nada ni nadie puede evitar, por mucho que sea su autodominio!

Muy pálido y desencajado, Callowan replicó, con voz, débil:

—¡Nunca lograréis vuestro objetivo, asesinos! ¡No venceréis mi resistencia!

—Cállese, Callowan —replicó fríamente el hermano número uno —. Hablará…, aunque usted no quiera. Será su mente la que lo haga. ¡Le guste o no! Vamos, iremos a la cámara de lavacerebros, y allí…

En ese momento, una de las conexiones exteriores avisó de la presencia de alguien. Los guardianes armados acudieron prontamente a la puerta, sin que el cerco de encapuchados en torno a Callowan se redujera. El número uno, evidentemente irritado, volvió la cabeza hacia la entrada.

—¿Quién viene ahora? —masculló furioso.

—Al parecer es alguien que conoce bastante bien el sistema, de entrada en la asamblea —observó un guardián—. Sólo ha cometido un pequeño error en el métodо…

—Tan sólo Mark Benson ha sido informado de la manera de llegar hoy hasta aquí —refirió el número uno sordamente.

—¿Benson? ¿El del SIP? —saltó el número siete—. ¿No será peligroso que él sepa…?

—No. Porque mañana cambiaremos de refugio. Y, además, probablemente Benson ya no nos sea útil en breve y podamos prescindir de él. Escuchad la, señal. Abrid con precauciones…

Sonó la señal en la puerta de acceso. El guardián pidió la contraseña y le fue dada. Fusil en ristre, abrieron las puertas. Un hombre fuerte, despeinado y pálido apareció en el umbral.

Como dijera el número uno…, era el propio Mark Benson.

Penetró con rapidez, y mirando hacia el jefe de la hermandad, avisó, con voz ruda:

—¡Dave Quarrell ha escapado de prisión! ¡No aparece por parte alguna, y eso es peligroso! ¡También ha sido hallado por la policía un hombre fuertemente ligado, con una nota firmada por Quarrell, diciendo que pertenecía a la hermandad, y ese hombre era Hermán Grodnik, el jefe de viajes espaciales comerciales!

El número uno lanzó una sorda imprecación, y se volvió concretamente hacia uno de su grupo. Hacía el número trece…, que

estaba empuñando con sus manos enguantadas dos pistolas de proyectil explosivo, con cabeza atómica. Dos armas mortíferas y destructivas en sumo grado, con las que dominaba a todo el grupo de encapuchados.

—En afecto, mascarones —dijo fríamente—. Grodnik está ya en poder de la policía…, ¡y yo soy Dave Quarrell! Ha llegado la hora de ajustar cuentas y hacer caer las caretas, malditos asesines…

Un guardián alzó velozmente su fusil. Los agudos ojos de Quarrell, a través de la capucha, descubrieron su juego. Le hizo un solo disparo, y la cabeza del encapuchado guardián saltó en pedazos, volatilizada por el poderoso proyectil, que estalló como un fruto maduro reventado contra una pared.

—¡Eso mismo le sucederá a quien se mueva! —rugió Quarrell. Clavó su mirada en Callowan, que se había incorporado con un brillo de júbilo y esperanza en sus ojos—. ¡Usted venga acá, jefe! ¡Tenemos que acabar esta operación…, vivos o muertos!

Callowan corrió junto a él. Dave arrojóle una de sus dos armas, que Callowan cazó diestramente al vuelo, encañonando con velocidad a los encapuchados. Fue tal su diestra rapidez que logró disparar y alcanzar en forma terriblemente destructora al hermano número cinco, que rodó, con el torso desgarrado por un proyectil de cabeza explosiva.

—¡Bravo, Quarrell! —exclamó con júbilo el jefe del SIP—. ¡Esos fantoches no podrán con nosotros, mientras haya agentes como usted en la organización…, a pesar de los traidores indignos, como Benson!

Éste permanecía rígido, inmóvil, mortalmente lívido, en un rincón. Ni siquiera se atrevía a moverse o a pronunciar palabra. Y el número uno, encogido bajo la amenaza directa del arma de Dave, solamente daba salida a su odio, a su furia, con un relampagueo feroz de sus ojos tras la máscara.

—Se ha terminado el juego —dijo fríamente Dave—. Benson. ¿Por qué ayudó a esos asesinos? Nunca creí que fuera capaz de tal cosa…

—No sólo hizo eso, Dave —apoyó Callowan—. También mató a un agente nuestro en el hospital, y asesinó a Murdock… Tal vez se mezcló también en la muerte de Mattoli…

—¡No, no hice nada de eso! —gritó Benson, histéricamente—.

¡Yo no maté jamás a nadie! ¡Si me presté a colaborar en el secuestro de Callowan fue bajo la promesa de que nada le harían…, y para que no revelasen mi pasado!—. ¿Su pasado? —Callowan enarcó las cejas—. No entiendo eso… ¿Qué hay en su pasado?

—Yo, señor…, no soy Mark Benson. El auténtico murió. Soy un falsario, un antiguo recluso que… nunca hubiera sido admitido en el SIP. Fui un agente leal siempre… y si ahora no lo he sido fue por miedo a perder cuanto supe ganarme a pulso.

—Pero que ahora ha perdido de una sola vez —acusó Callowan duramente—. Sin embargo, todavía está a tiempo de hacer algo digno por quienes creímos en usted. Póngase junto a la ley, y ayúdenos a capturar a este racimo de forajidos y criminales.

Se movió hacia Callowan y Dave, para unirse a ellos. En ese momento se cruzó delante del número uno. Y éste aprovechó el instante, con una celeridad fantástica, que denotaba la agudeza de su cerebro y la agilidad felina de sus músculos.

Abalanzóse sobre un resorte disimulado en el borde de la redonda mesa, y que nadie hasta entonces había advertido. Ni siquiera sus propios cofrades. Rápido, pulsó el botón, y un haz luminoso, color amarillo, cayó sobre los encapuchados y sobre los agente del SIP. Solamente el propio número uno y Benson quedaron fuera de su radio, por hallarse en un mismo nivel. La luz amarilla produjo un efecto al parecer mágico: paralizó totalmente a cuantos tocó, pareció dejarles de piedra.

Callowan y Dave advirtieron la súbita rigidez de sus nervios y músculos, su total inutilidad, con las armas en la mano, sin poder dar un solo paso. Tan sólo la voz brotó de su garganta enronquecida.

—¡Ha utilizado un rayo paralizador! ¡Estamos perdidos, Dave!

Quarrell no pudo asentir. Sólo movió sus ojos en las órbitas febrilmente.

—¡Mi victoria final no la esperabais! —gritó, triunfalmente, el número uno—. ¡Vamos, Benson, recoge sus armas! ¡A pesar de que ibas a unirte a ellos, comprendo que lo hacías por terror! ¡Eres de los nuestros, y ésta es tu gran oportunidad de destruir a los dos y salvarte! ¡Recoge sus armas y reúnete conmigo! Cuida de que no te toque el rayo luminoso en el cráneo, o te paralizará en el acto. Sin embargo, si te hiere parcialmente las manos o piernas, u otra parte

de tu cuerpo, nada sucederá. ¡Rápido!

Mark Benson vaciló solamente un par de segundos. Luego se movió hacia Callowan y Dave, sin atreverse a mirarles siquiera a los ojos. Su jefe le dijo dificultosamente, cuando ya le arrebataba el arma.

—Agente Benson, aún está a tiempo de ser leal a su juramento… y al SIP…

—Es más digno morir siendo fiel a algo digno, Benson —añadió Dave, con voz seca.

Sin hacerles caso, Benson retiró de sus manos las dos armas explosivas. Luego, con rapidez, giró sobre sí mismo… ¡Y APUNTÓ AL NÚMERO UNO!

—¡Alto, en nombre de la ley! —ordenó, al tiempo de girar sobre sus talones—. ¡El SIP, por medio de su agente Mark Benson le…!

Se detuvo, lleno de horror, erizados sus cabellos por la incredulidad y el espanto más profundos. Dilató sus ojos, fijos en aquella persona que acababa de despojarse de la negra capucha de jefe supremo de la hermandad negra.

—¡No…, no es posible…! —balbuceó, estremecido, tambaleante.

El misterioso personaje rió sarcástico, dueño de la situación.

—Vamos, Benson, no vas a disparar sobre mí, ¿verdad? —dijo lentamente—. No serias capaz de matar a tu prometida… a tu amada Kathryn Forrest, ¿no es cierto?

Mientras el horror inmovilizaba a Benson casi con tanta eficacia como el rayo amarillo, Kathryn Forrest, la hermosa y caprichosa millonaria, reía, desde su negro uniforme, con la capucha del número uno en la mano.

—¡Tú…! ¡Tú, Kathryn…, es imposible! —jadeó Benson.

—¿Imposible? —rió ella, con un gesto de inaudita crueldad—. No tanto, querido. ¿Como crees que la hermandad negra podía saber el secreto de tu pasado, sino era porque tú me lo contaste a mí una vez?

—Cierto… Eras la única persona que lo sabía…, pero no pude sospechar…

—Claro. Tampoco sospechasteis de que supiera tan bien los movimientos del SIP… por mi relación contigo y mi buena amistad con Callowan y otros jefes del SIP que me permitían mosconear sin ser sospechosa. Tampoco cuando fingí estar herida en un satélite

deshabitado me relacionaron con una de las mujeres heridas que ingresaron en el hospital del espacio juntamente a tiempo de matar al agente de guardia y a Murdock. El agente del SIP que guardaba al número doce nunca se hubiera fiado sino de una mujer como yo; inocente y de plena confianza al parecer… Todo ha sido fácil para mí. Cada viaje al espacio, cada aparente ausencia caprichosa, era una asamblea de la hermandad… o un acto arriesgado y difícil, como el de Ciudad
Lu-Mar
.

—Es bien cierto —era la voz del paralizado Callowan la que habló—. ¡Qué torpes fuimos!

—Yo sospechaba ya algo así —susurró Dave, desde su inmovilidad pétrea—. Las capuchas parecían algo truculento. Pero podían ser algo más. Podían ser la razón para ocultar una cabeza peculiar… ¡una cabeza de mujer! La idea la ligué con ciertas ausencias sospechosas de Kathryn. Y la traición de Benson terminó de convencerme. Sólo que pensé que Mark sabía la identidad del jefe de esta secta de criminales.

—¿Pero por qué todo esto? ¿Por qué una chica joven, bella y rica…? —empezó Callowan.

—Es fácil —explicó Dave, mirando fríamente a la triunfante mujer—. Le sobra dinero. Es cruel por naturaleza y le gustan las emociones fuertes. Planeó una secta así, valiéndose de su dinero. Luego, lo que empezó siendo un juego, se convirtió en una poderosa arma para aumentar sus millones, para burlarse del mundo entero…, para ser grande. Una manía de grandezas y un capricho de mujer potentada causan todo este mal…

—Ya basta de charlas —cortó ella fríamente—. Dame esas armas, Benson. Huiremos tú y yo solos. Esta agrupación de fantoches me aburre ya. Todos morirán aquí, junto con Callowan y Dave. Tú serás un héroe público, serás mi esposo multimillonario…, ¿hay algo mejor que pueda ofrecerte, querido?

Benson asintió, bajo las miradas de Dave y Callowan, sometidos ahora exclusivamente a la decisión final del agente traidor al SIP. Éste llegó con las armas junto a la joven. Extendió la mano para entregarle una de ellas…

# FINAL

Los ojos de Callowan y de Quarrell asistieron al trágico epílogo de aquel drama.

Todo fue repentino, súbito, violento como una llamarada trágica que se extingue con rapidez. Benson, al apoyar la pistola en los dedos de su prometida, a quien miraba fijamente, con una mezcla de dolor y de dudas, se decidió.

Sonó su voz seca, tajante:

—Lo siento, Kathryn… Pero, antes que hombre…, soy agente del SIP.

Y disparó.

Disparó sin vacilar. Con terrible, mortífera precisión.

La hermosa cabeza de Kathryn voló en fragmentos, dispersa por el proyectil atómico. Un ronco estertor agónico se cortó de raíz.

Luego, antes de que nadie pudiera evitarlo, Benson hizo dos cosas. La primera, regresar junto a Callowan y Quarrell, y poner en las manos del primero un arma, mientras el cuerpo destrozado de Kathryn rodaba por tierra. La segunda, dirigirse a los botones del control del rayo paralizador, sin soltar la segunda pistola. Coa celeridad increíble, presionó los botones y se cortó la luz amarilla.

Al mismo tiempo, la pistola de Benson disparó…, contra sí mismo.

Callowan gritó roncamente. Dave corrió hacia él, intentando en vano salvar su vida, hacer algo por él. Era inútil. Benson yacía en tierra, agonizando, con una tremenda herida sobre su pecho. Miró a Dave. Le sonrió débilmente.

—Creo… que reaccioné a tiempo, ¿verdad, Quarrell? —susurró —. Perdóname, muchacho. El SIP… no merece traiciones… Lamento haber… sido traidor…

Callowan encañonaba con su arma a los encapuchados de la hermandad negra, recuperados también de su inmovilidad. Pero todos éstos parecían igualmente inmóviles ahora.

Dave recogió de manos de Benson la pistola que le sirvió para hacer justicia, y sonrió al oírse la voz de Callowan, como mensaje final al herido que agonizaba:

—Esté tranquilo, Benson… Su nombre figurará… en la lista de los héroes del SIP. Se lo ha ganado a última hora… y nadie sabrá nada de su traición.

Una sonrisa feliz iluminó el rostro de Benson, que musitó, ya a las puertas de las eternas sombras:

—Gracias…, señor… ¡Siempre… a la orden!… —Cayó su cabeza. Había muerto.

Dave se incorporó con un suspiro, reuniéndose con Callowan lentamente. Entre ambos hombres reunieron y ligaron a los hermanos de la tenebrosa sociedad, una vez desenmascarados. Todos eran gente notable en el mundo social y financiero.

—Asunto terminado, Quarrell —suspiró Donald Callowan, cuando iniciaban la salida de la madriguera de la secta—. Ahora enviaremos flotas urgentes de tropas a Venus, y reduciremos a los traidores antes de su levantamiento. No han podido con el SIP, después de todo…

—Es muy difícil vencer a hombres duros, enérgicos y leales, señor —dijo Dave.

—Y usted ha sido uno de ellos, Dave. Tal vez el primero entre todos. —Callowan sonrió radiante—. ¿No le ayudó nadie a combatir con sus propios medios?

—Sí —musitó Dave, pensativo, con un brillo en los ojos—. Una linda mujercita llamada Gladys… Una mujer que hace olvidar a las que son como Kathryn Forrest…

—Por fortuna, las que son como Gladys Mulder son las que abundan, muchacho —palmeó la espalda de su agente con optimismo—. ¡Lástima, amigo Quarrell, que si eso sigue adelante…, el SIP tendrá en usted un agente leal y audaz por poco tiempo! ¿Sabía que al casarse, causan baja en nuestras filas?

—Sí —suspiró Dave—. Y eso es lo único que me hace dudar…

—Un día terminarán sus dudas, muchacho. Y yo sé lo que ocurrirá —procuró olvidar su malhumor, al enfrentarse con la luz

de los astros, en aquel paraje desolado de la Tierra, donde la hermandad tuviera su refugio, murmurando, con cierto optimismo —: ¡Diablo, lo había olvidado! Ya ha terminado nuestro caso, de modo que puedo volver a saborear uno de mis buenos cigarros, muchacho… Después de todo, la vida es hermosa…

Dave asintió con una sonrisa. Sí. La vida es hermosa. Sobre todo, cuando una chica como Gladys le esperaba a uno. Y cuando se había cumplido hasta el sacrificio con el deber impuesto.

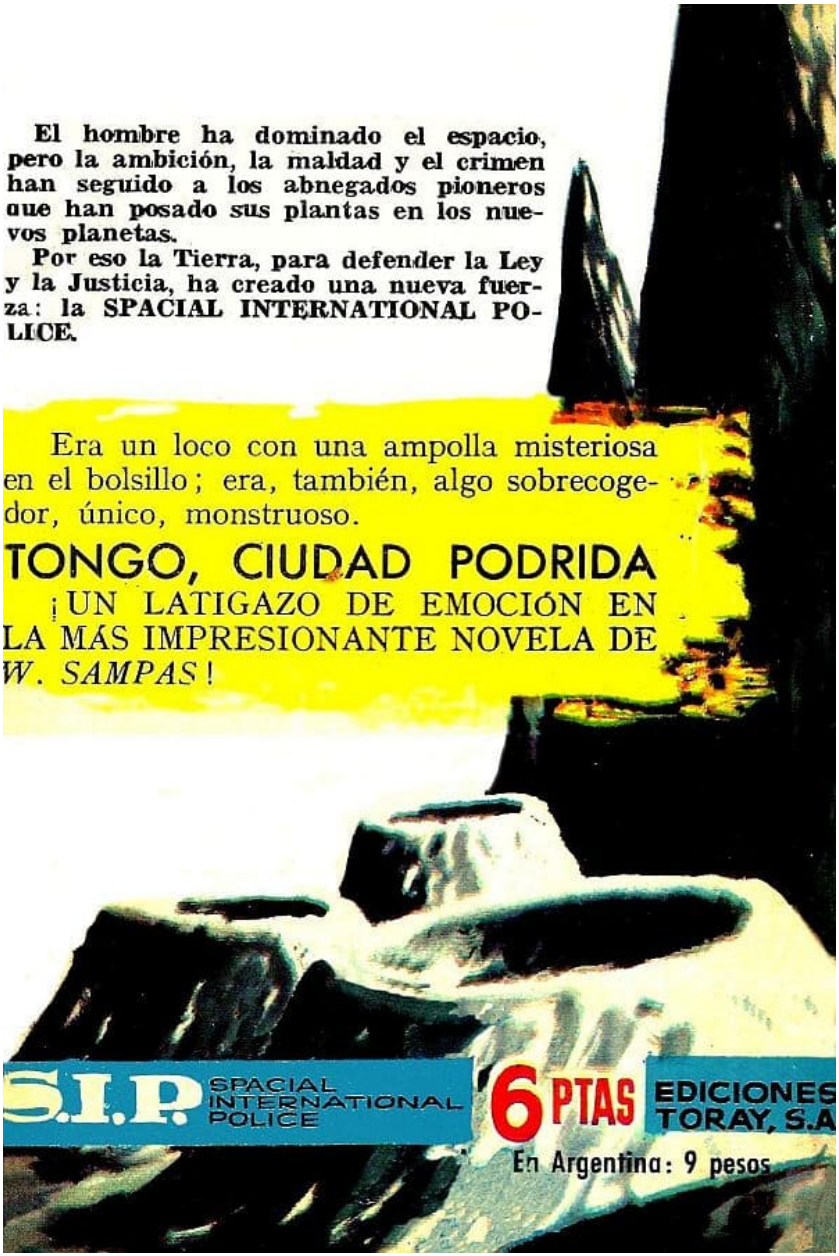
Y cuando, como él hiciera, se había vencido un pasado turbio, para iniciar una nueva vida, digna de ser vivida hasta su último minuto…

FIN

ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL
. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.


El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.
Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.
Era un loco con una ampolla misteriosa en el bolsillo; era, también, algo sobrecogedor, único, monstruoso.
TONGO, CIUDAD PODRIDA
¡UN LATIGAZO DE EMOCIÓN EN LA MÁS IMPRESIONANTE NOVELA DE W. SAMPAS!
S.I.P.
SPACIAL INTERNATIONAL POLICE
6 PTAS
EDICIONES TORAY, S.A
En Argentina: 9 pesos